

The Project Gutenberg EBook of El Mandarín, by Eça  
Queiroz

This eBook is for the use of anyone anywhere at no  
cost and with  
almost no restrictions whatsoever. You may copy it  
, give it away or  
re-use it under the terms of the Project Gutenberg  
License included  
with this eBook or online at [www.gutenberg.org](http://www.gutenberg.org)

Title: El Mandarín

Author: Eça Queiroz

Release Date: April 22, 2006 [EBook #18228]

Language: Spanish

Character set encoding: ISO-8859-1

\*\*\* START OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK EL MANDAR  
ÍN \*\*\*

Produced by Chuck Greif and the Online Distributed  
Proofreading Team at <http://www.pgdp.net>

EL MANDARÍN

EÇA DE QUEIROZ

## OBRAS DEL MISMO AUTOR

La Reliquia	1	tomos.
La ciudad y la sierra	1	"
El primo Basilio	2	"
Los Maias	3	"
El crimen del padre Amaro	2	"
Epistolario de Fradique Mendes	1	"

Versión castellana

## CASA EDITORIAL MAUCCI

Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907 y gran premio en la de Buenos Aires 1910

Calle de Mallorca, 166.--BARCELONA

## PROLOGO

AMIGO 1.º (\_Bebiendo coñac y soda, bajo los árboles de una terraza, a orillas del agua.\_)

Camarada; durante estos calores que embotan la imaginación, descansemos del áspero estudio de las Realidades humanas... Partamos hacia los campos del Ensueño, a vagar por esas azuladas colinas donde se levanta la torre abandonada de lo Sobrenatural y frescos muros cubren

amorosamente las ruinas del Idealismo... Fantaseemos...

Amigo 2.º Más sobriamente, camarada, más sobriamente... y como en las sabias y amables Alegorías del Renacimiento, mezclando siempre una moralidad discreta...

(\_Comedia inédita\_)

I

Me llamo Teodoro, y fuí amanuense en el Ministerio de la Gobernación.

En aquel tiempo vivía yo en la travesía de la Concepción, número 106, en la casa de huéspedes de doña Augusta, la espléndida doña Augusta, viuda del comandante Marques. Tenía dos compañeros: Cabritilla, empleado en la administración del barrio central, tieso, y amarillento como una vela de entierro y el petulante teniente Conceiro, hábil tocador de viola francesa.

Mi existencia se deslizaba equilibrada y tranquila. Toda la semana sentado ante el pupitre de mi negociado, trazaba en una hermosa letra cursiva, sobre el papel de oficio del Estado, estas frases hechas: «Ilmo. y Excmo. Sr.: Tengo la honra de comunicar a V.E... Tengo el honor de poner en conocimiento de V.I. etc., etc.»

Los domingos descansaba. Instalado entonces en el canapé del comedor, la pipa entre los dientes, admiraba a doña Augusta, que, los días de fiesta, solía limpiar con clara de huevo la caspa al teniente Conceiro. Esta hora, sobre todo en verano, era deliciosa. Por las ventanas entreabiertas penetraba el vaho cálido y soñoliento de la solanera, algún lejano repique de las campanas de la Concepción Nueva, y el arrullo de las tórtolas que se enamoran en las barandas.

El monótono susurro de las moscas se balanceaba sobre el viejo tul, antiguo velo nupcial de la señora de Marques, que cubría ahora, en el aparador, los platos de cerezas. Poco a poco, el teniente, envuelto en un paño de afeitar, como un ídolo en su manto, adormecíase, bajo la fricción suave de las cariñosas manos de doña Augusta... Yo, entonces, enternecido, decía a la amable señora:

--¡Ay, doña Augusta, es usted un ángel!

Ella, siempre me llamaba «el encanijado». Yo sonreía sin escandalizarme. «El encanijado» era efectivamente el nombre que me daban en casa, por ser delgado, entrar en todas partes con el pie derecho, asustarme de los ratones, tener en la cabecera de mi cama una estampa de Nuestra Señora de los Dolores, que perteneció a mi madre, y andar un tanto corcovado. Sí, era desgraciadamente corcovado, por lo mucho que doblé el espinazo,

retrocediendo asustado delante de los señores profesores, o inclinando la frente ante jefes y directores generales. Esta actitud de respeto es conveniente al covachuelista, mantiene la disciplina en un Estado bien organizado, y me garantizaba el descanso de los domingos y días festivos, el uso de alguna ropa blanca y veinticinco o duros al mes.

No puedo negar, a pesar de todo, que yo no tuviese ambiciones, como lo reconocían sagazmente la viuda de Marques y el pedante de Conceiro. No agitaba mi pecho el apetito heroico de dirigir, desde lo alto de un trono, vastos rebaños humanos; pero sí me abrasaba el deseo de poder comer en el Hotel Central, con champagne, apretar la mano de mimosas vizcondesas, y, por lo menos, dos veces a la semana, dormir, en un éxtasis mudo, sobre el fresco seno de Venus. ¡Oh, elegantes que os dirigíais vivamente a San Carlos abrigados en costosos paletots, luciendo la blanca corbata de «soirée!» ¡Oh, carruajes llenos de mujeres vestidas a la andaluza, rodando gallardamente hacia los toros, cuántas veces me hicísteis suspirar! Porque la certidumbre de mis veinticinco duros mensuales y mi gesto encogido de encanijado, me excluían para siempre de aquellas alegrías sociales, y venía entonces a herir mi pecho, como flecha que se clava en un tronco y queda mucho tiempo vibrando.

Aun así, yo nunca llegué a considerarme un paria. L

a vida humilde tiene  
sus dulzuras: es grato, en una mañana de sol alegre  
, con la servilleta  
al cuello, delante de un bistek con patatas, desdoblar el «Diario de las  
Noticias;» durante las tardes de verano, en los bancos gratuitos del  
paseo, se gozan suavidades de idilio; y es sabroso,  
de noche, en  
Martíño, mientras se toma a sorbos el café, oír a los charlatanes  
injuriar a la patria.

Además, nunca fuí excesivamente desgraciado, porque  
no tengo  
imaginación; no me consumía rodando en torno de paraísos ficticios,  
nacidos de mi propia alma deseosa, como las nubes de la evaporación de  
un lago; no suspiraba mirando las lúcidas estrellas  
, por un amor  
espiritual a lo Romero o por una gloria humana a lo Camoens.

Soy muy positivista. Sólo aspiraba a lo racional, a lo tangible, a lo  
que era alcanzado por otros en mi barrio, a lo que es accesible a un  
bachiller. Y me iba resignando como quien ante una «table d' hôtel»  
mastica la corteza de pan seco en espera del rico plato de la «Charlotte  
russe». Las felicidades habían de llegar; y, para apresarlas, yo hacía  
todo lo que me era posible como portugués y como constitucional; se las  
pedía todas las noches a Nuestra Señora de los Dolores y compraba  
décimos de la lotería.

Entretanto procuraba distraerme. Y como las circunvoluciones de mi

cerebro no me habilitaban para componer odas a la manera de tantos otros que, a mi lado, se desquitaban así del tedio que la profesión les producía; como mi escaso sueldo, apenas suficiente para pagar la casa y el tabaco, no me permitía ningún vicio, había tomado el hábito discreto de comprar en la feria de Sadra libros antiguos des encuadernados, y por la noche, en mi cuarto, me entretenía con esas curiosas lecturas. Eran, siempre, obras de títulos sugestivos: «Galera de la inocencia», «Espejo milagroso», «Tristeza de los desheredados...» ¡El tipo venerable, el papel amarillento, la grave encuadernación frailuna, la cintita verde marcando la página, todo esto me encantaba! Después, aquellos relatos ingenuos en letra gorda inundaban de paz todo mi ser, produciéndome una sensación comparable a la calma penetrante de una vieja cerca de un monasterio, en la quebradura de un valle, a la hora del crepúsculo, oyendo correr el agua muy triste...

Una noche, hace años, empecé a leer en uno de esos vetustos infolios, un capítulo titulado «Brecha de las almas;» e iba cayendo en una soñolencia grata, cuando este período singular se destacó del tono neutro y apagado de la página, como el relieve de una medalla de oro nuevo brillando sobre un tapete oscuro: copio textualmente:

«En el fondo de la China existe un Mandarín más rico que todos los reyes de que nos habla la Fábula o la Historia. De él nad

a conoces, ni el  
nombre, ni el semblante, ni la seda de que se viste  
. Para que tú heredes  
sus bienes inenarrables, basta con que toques esa c  
ampanilla, puesta a  
tu lado, sobre un libro. El exhalará entonces un su  
spiro, en los lejanos  
confines de la Mongolia. Será un cadáver: y tú verás  
a tus pies más oro  
del que puede soñar la ambición de un avaro. Tú, qu  
e me lees y eres  
hombre mortal, ¿tocarás la campanilla?»

Permanecí asombrado ante la página abierta: aquella  
interrogación  
«hombre mortal, ¿tocarás tú la campanilla?» aunque  
me parecía burlona y  
picaresca, me turbaba prodigiosamente. Quise leer m  
ás; pero las líneas  
huían ondulando como sierpes asustadas, y en el vac  
ío que dejaban, de  
una lividez de pergamino, volvía a brillar la inter  
pelación extraña:  
«¿Tocarás tú la campanilla?»

Si el volumen hubiese sido de una moderna edición M  
ichel Levy, de  
cubierta amarilla, yo, que no me hallaba perdido en  
la floresta de una  
balada alemana, y podía ver desde mi cuarto blanque  
ar a la luz del gas  
el correaaje de la patrulla, hubiera cerrado el libr  
o, disipando así la  
nerviosa alucinación. Mas aquel sombrío infolio par  
ecía exhalar magia;  
cada letra afectaba la inquietante configuración de  
esos signos de la  
vieja Kábala, que encierran un atributo fatídico; l  
as comas tenían el  
retorcido petulante de rabos de diablillos, entrevi  
stos a la luz blanca  
de la luna; en el punto de interrogación final veía



el pavoroso gancho  
con que el Tentador caza las almas que adormecieron  
, sin refugiarse en  
la inviolable ciudadela de la Oración.

Una influencia sobrenatural se apoderó de mí, arrebatándome fuera de la realidad y del raciocinio; y en mi espíritu se fueron formando dos visiones: de un lado un Mandarín decrepito, muriendo sin dolor, lejos, en un kiosco chino, al «tilín-tín» de mi campanilla; ¡y de otro toda una montaña de oro brillando a mis pies! Esto era tan claro que hasta veía los ojos oblíquos del viejo empañarse, como cubiertos de una ténue capa de polvo; y sentía el sonido metálico del dinero rodando a mis plantas. Inmóvil, horrorizado, clavaba ardientemente los ojos en la campanilla, puesta delante de mí, sobre un diccionario francés, la campanilla prevista, citada en el magnífico infolio.

Fué entonces cuando, del otro lado de la mesa, una voz insinuante y cristalina, me dijo misteriosamente:

--Vamos, Teodoro, amigo mío, sé fuerte, extiende la mano y toca la campanilla.

La pantalla verde de la vela esparcía una penumbra en derredor. Me levanté temblando. Y vi, pacíficamente sentado a mi lado, un individuo corpulento, todo vestido de luto, con sombrero de copa, las manos enguantadas de negro, apoyadas en el puño de un paraguas. No tenía nada

de fantástico. Parecía tan corriente, como si viviese del mísero sueldo de un empleo... su originalidad estaba en su rostro, sin barba, de líneas fuertes y duras, la nariz brusca, presentaba la expresión rapaz y amenazadora de un pico de águila: el corte firme y acentuado de sus labios daba a su boca una expresión maligna; los ojos, al fijarse, semejaban los encendidos fulgores de un disparo, salido súbitamente de entre las zarzas tenebrosas del entrecejo fruncido; era lívido, mas, por su piel, corrían a veces radiaciones sanguíneas, como en un viejo mármol fenicio.

De pronto me asaltó la idea de que mi visitante fuese el demonio en persona, pero luego, mi raciocinio se sublevó resueltamente contra esta suposición. Yo nunca creí en el diablo, como nunca tuve fe en Dios. Jamás lo dije en voz alta ni lo escribí en los periódicos para no descontentar a los Poderes públicos encargados de mantener el respeto hacia tales entidades: mas yo nunca creí que existiesen estos dos personajes, viejos como la substancia, rivales bonachones, que se pasan la vida haciéndose mútuas y amables perrerías, uno de barbas nevadas y túnica azul, vestido como el antiguo Zoroastro y habitando las alturas luminosas, en medio de una corte más complicada que la de Luis XIV; y el otro malhumorado y mañoso, ornado de cuernos, viviendo entre las llamas, imitación ridícula y burguesa del pintoresco Plutón. ¡No, no

creo! Cielo e infierno son concepciones sociales para uso de la plebe, y yo pertenezco a la clase media. Rezo, es verdad, a Nuestra Señora de los Dolores, porque, así como pedí una recomendación para licenciarme; así como, para obtener mis veinticinco duros, imploré la benevolencia del diputado; igualmente, para sustraerme de la tisis, de las anginas, de la navaja del chulo, de la cáscara de naranja escurridiza donde puede uno resbalar y romperse una pierna y de otros accidentes, necesito tener una protección sobrehumana. El hombre prudente debe ir haciendo una serie de sabias adulaciones desde la Universidad hasta el paraíso. Con un compadre en el barrio, y una comadre mística en las alturas, el porvenir del licenciado está seguro.

Por eso, libre de torpes supersticiones, dije familiarmente al individuo vestido de negro:

--¿Realmente me aconsejas que toque la campanilla?

El desconocido se levantó un poco el sombrero, descubriendo la frente estrecha y respondió, palabra por palabra:

--He aquí tu caso, estimable Teodoro: ¡Veinticinco duros mensuales es una vergüenza social! Hay en este mundo cosas prodigiosas; vinos de Borgoña, como por ejemplo el «Romanée-Conti» del 58 y «Chambertín» del 61, que cuesta cada botella, de diez a once duros, y el que bebe la primera copa, no vacila en asesinar a su padre, por beber la segunda...

Fabrícanse en París y en Londres carruajes de tan suaves muelles, tan suaves forros y airosas ruedas, que es preferible recorrer en ellos el Campo Grande, a viajar, como los antiguos dioses, por el cielo, sobre los fofos cojines de las nubes. No haré a tu cultura la ofensa de informarte que se amueblan hoy las casas con un estilo y un «confort» tan admirables que superan a ese regalo ficticio, llamado en otro tiempo Bienaventuranzas. No te hablaré, Teodoro, de otros goces terrenales, como, por ejemplo: el Teatro Real, el baile, el café Inglés... Sólo llamaré tu atención sobre este hecho... Existen seres que se llaman mujeres. Estos seres, Teodoro, en mi tiempo, en la tercera página de la Biblia, apenas usaban exteriormente una «hoja de parral». Hoy son toda una sinfonía, todo un engañoso y delicado poema de encajes, batistas, sedas, flores, joyas, cachemires, gasas y terciopelos. Comprende la satisfacción inenarrable que sentirán los cinco dedos de un cristiano recorriendo y palpando esas maravillas; más también has de percibir, que con una pieza de cinco céntimos, no se pagan las cuentas de esos serafines... Ellas poseen cosas mejores: cabellos color de oro o color de tinieblas, resumiendo así en sus trenzas la apariencia emblemática de las dos grandes tentaciones humanas: el hambre del metal precioso y el conocimiento del absoluto trascendente. Y aún tiene más: brazos marmóreos, frescos como rosas salpicadas de rocío; senos sobre los

cuales el gran Praxíteles modeló su copa, que es la  
línea más pura y más  
ideal de la antigüedad... Los senos, en otra era, e  
n la idea de ese  
ingenuo anciano que los formó, que fabricó el mundo  
, y de quien una  
enemistad secular me veda pronunciar el nombre, era  
n destinados a la  
nutrición augusta de la humanidad; hoy, ninguna mad  
re racional los  
expone a esa función deterioradora y severa, sirven  
sólo para  
resplandecer entre encajes a la luz de las «soirées  
» y para otros usos  
secretos. Las conveniencias me impiden proseguir en  
esta exposición  
radiante de bellezas, que constituye el Fatal Femen  
ino... Del resto, ya  
hablaremos más tarde. Todas estas cosas, Teodoro, e  
stán más allá de tus  
veinticinco duros mensuales... Confiesa, al menos,  
que estas palabras  
tienen el venerable sello de la verdad.

Yo murmuré con las fauces abrasadas:

--¡Cierto!

Y su voz prosiguió paciente y suave:

--¿Qué me dices de veinte o veinticinco millones de  
pesetas? Bien sé que  
es una bagatela... más, en fin, constituye un comie  
nzo; son una ligera  
habilitación para conquistar la felicidad. Ahora re  
flexiona sobre esto:  
El Mandarín, ese Mandarín del fondo de la China, es  
un viejo decrepito y  
gotoso. Como hombre, como funcionario del Celeste i  
mperio, es más  
inútil a Pekín y a la humanidad, que un pedrisco en  
la boca de un perro

hambriento. Mas la transformación de la substancia existe: te la garantizo yo, que sé el secreto de las cosas. Porque la tierra es así: recoge aquí un hombre podrido y lo restituye allá, en el conjunto de sus formas, como vegetal vigoroso. Bien puede ser que él, inútil como Mandarín en el Imperio del Sol, vaya a ser útil en otra tierra como odorante rosa o sabroso repollo. Matar, hijo mío, es casi equilibrar las necesidades universales. Eliminar en una parte el exceso para suplir en otra la falta. Penétrate bien en estas sólidas filosofías. Una pobre costurera de Londres ansía ver florecer en su ventana un tiesto lleno de tierra negra; una flor daría consuelo a aquella desheredada; mas en la disposición de los seres, por desgracia, en ese momento, la substancia que allá debía ser rosa, es aquí un hombre de Estado... Viene entonces el chulo de navaja y hiere al estadista; la puñalada le descarga los intestinos; lo entierran: la materia comienza a desorganizarse, mézclase a la vasta evolución de los átomos, y el superfluo hombre de gobierno va a alegrar, bajo la forma de una flor a una rubia costurera. El asesino es un filántropo. Déjame resumir, Teodoro; la muerte de ese viejo Mandarín idiota, ¡trae a tu bolsillo algunos millones de pesetas! Puedes desde ese momento dar un puntapié a los Poderes públicos: ¡medita en lo intenso de este gusto! Y desde luego serás citado en los periódicos, ¡a qué mayor gloria puede aspirar un ser humano! Y todo eso

con sólo agarrar la campanilla y hacer «tilín-tín».

Yo no soy un  
bárbaro: comprendo la repugnancia de un caballero e  
n asesinar a un  
semejante suyo; la sangre ensucia vergonzosamente l  
os puños de la  
camisa, y siempre es repulsiva la agonía de un cuer  
po humano. Mas en  
este caso, ninguno de esos torpes espectáculos... E  
s como quien llama a  
un criado... Y son veinte o veinticinco millones de  
pesetas, no  
recuerdo bien, pero los tengo anotados en mis apunt  
es. No dudes de mí,  
Teodoro. Soy un caballero; lo probé, cuando, hacien  
do la guerra a un  
tirano en la primera insurrección de la justicia, m  
e ví precipitado  
desde las alturas. Tu imaginación no lo puede conce  
bir... ¡Una caída  
espantosa, mi querido amigo! Grandes disgustos.

Lo que me consuela es que el «Otro» está también mu  
y alicaído, porque,  
amigo mío, cuando un Jehová tiene contra sí a un Lu  
cifer, quítase este  
estorbo enviando contra el rebelde una legión de Ar  
cángeles; mas cuando  
el enemigo es el hombre armado de una pluma de pato  
y un cuaderno de  
papel blanco, está perdido... En fin, son veinte mi  
llones de pesetas.  
Vamos, Teodoro, ahí tienes la campanilla, ¡sé un ho  
mbre!

Calló el enlutado caballero.

Yo bien sé lo que se debe a sí mismo un cristiano.  
Si este personaje me  
hubiese llevado a la cumbre de una montaña en Pales  
tina, en una noche de  
luna llena, y desde allí, mostrándome ciudades, raz

as e imperios  
adormecidos, me hubiera dicho sombríamente: «Mata a  
l Mandarín, y todo lo  
que ves en valles y colinas será tuyo», yo le habrí  
a replicado,  
siguiendo un ejemplo ilustre, con la mano levantada  
hacia las  
inmensidades consteladas. «¡Mi reino no es de este  
mundo!»

Conozco bien mis autores. Mas eran veinte millones  
de pesetas, ofrecidos  
a la luz de una vela de esperma, en la travesía de  
la Concepción, por un  
sujeto de sombrero de copa, apoyado en un paraguas.

Entonces no dudé. Y con mano firme repiqué la campa  
nilla. Fué tal vez  
una ilusión; mas parecióme que una campana de boca  
tan ancha como el  
cielo, repicaba en la obscuridad, a través del Univ  
erso, con un són  
temeroso que ciertamente iría a despertar soles que  
dormían y planetas  
panzudos.

El extraño individuo llevó un dedo al párpado, y li  
mpiando una lágrima  
que nublaba su ojo rutilante, exclamó:

--¡Pobre Ti-Chin-Fú!

--¿Murió?

--Estaba en su jardín, sosegadamente, armando, para  
lanzarlo al aire, un  
papagayo de papel, pasatiempo honesto de un Mandarín  
n jubilado, cuando le  
sorprendió ese «tilín-tín» de la campanilla. Ahora  
yace a orillas de un  
arroyo susurrante, vestido de seda amarilla, muerto



sobre la hierba  
verde, con la panza al aire, y en sus manos frías t  
iene su papagayo de  
papel, que parece tan muerto como él. Mañana son lo  
s funerales. ¡Que la  
sabiduría de Confucio, inspirándole, ayude a emigra  
r su alma!

Y el buen sujeto, levantándose, se quitó respetuosa  
mente el sombrero, y  
salió, con el paraguas debajo del brazo.

Entonces, al sentir cerrar la puerta, me pareció de  
spertar de una  
pesadilla. Salté al corredor. Una voz jovial hablab  
a con la señora de  
Marques; y la cancela de la escalera cerróse sutilm  
ente.

--¿Quién acaba de salir ahora, doña Augusta?--pregu  
nté sudoroso.

--Cabritilla que va a la oficina...

Volví a mi cuarto: todo reposaba tranquilo, idéntic  
o, real. El infolio  
estaba aún abierto por la página temerosa. Volví a  
leerla, y ahora me  
pareció la prosa anticuada de un moralista cansado;  
cada palabra se  
había vuelto como un carbón apagado.

Me acosté y soñé que estaba lejos, más allá de Pekí  
n, en las fronteras  
de Tartaria, en el kiosco de un convento de Lamas,  
oyendo máximas  
prudentes y suaves que brotaban como un aroma fino  
de té, de los labios  
de un Buda vivo.

## II

Transcurrió un mes.

Yo, en tanto, continué, rutinario y triste poniendo diariamente mi hermosa letra cursiva al servicio del Estado, y admirando, los domingos, la pericia con que la espléndida doña Augusta limpiaba la caspa al teniente Conceiro. Era cosa evidente para mí que aquella noche, dormido, leyendo sobre el infolio, había soñado con una «Tentación de la Montaña» bajo formas familiares. Instintivamente, sin embargo, me fui preocupando de la China. Leía los telegramas de los periódicos buscando siempre los que se referían a cosas del Celeste Imperio; mas nada pasaba entonces en la región de las razas amarillas... La «Agencia Havas» sólo telegrafía sobre la Herzegovina, la Bosnia, la Bulgaria y otras curiosidades bárbaras.

Poco a poco fuí olvidando mi episodio fantasmagórico; y al mismo tiempo, como gradualmente mi espíritu se serenaba, volvían a él las antiguas ambiciones que lo habitaron: un nombramiento de Director General, el seno amoroso de Lola, bisteks más tiernos que los de doña Augusta. Mas tales regalos me parecían tan inaccesibles, tan fuera de la realidad, como los propios millones del Mandarín. Y por el monótono desierto de la vida, allá fué marchando la lenta caravana de mis melancolías.

Un domingo de Agosto, de mañana, dormitaba en la cama, en mangas de camisa, con el cigarro apagado entre los labios, cuando la puerta se abrió suavemente y entreabriendo los párpados adormilados, ví inclinarse a mi lado una calva respetuosa. Y luego una voz perturbada murmuró:

--¿El señor Teodoro? ¿El señor Teodoro, del Ministerio de la Gobernación?

Me levanté lentamente sobre mi cama, y, respondí bostezando:

--¡Soy yo, caballero!

El individuo inclinó el espinazo, como a presencia del Rey Bobo se arquean los cortesanos. Era pequeño y gordo: venerables lentes de oro relucían en su faz bonachona, que parecía la personificación del Orden.

Todo tembloroso, balbuceó azorado:

--¡Traigo noticias para su señoría! Noticias de considerable importancia. Mi nombre es Silvestre... Silvestre Julian y C.<sup>a</sup>... Un criado servicial de vuestra excelencia... Llegaron en el correo de Southampton... Nosotros somos Corresponsales de Trigand, y C.<sup>a</sup> de Hong-Kong.

El hombre calvo sofocóse; y agitando nerviosamente en su gruesa mano un sobre repleto, con un sello de lacre, negro, prosiguió:

--Vuestra excelencia debe de estar prevenido. Nosotros no lo  
estábamos... El azoramiento es natural... Lo que es  
peramos es que nos  
conserve su confianza. Vuestra excelencia es en esta  
tierra una flor de  
virtud, espejo de bondad. Aquí están los primeros cheques  
sobre Bhering  
and Brothers de Londres... Letras a treinta días sobre  
Rothschild.

A este nombre, resonante como el mismo oro, salté v  
elozmente del lecho.

--¿Qué es eso, señor?--grité.

Y él, gritando mas, blandiendo el sobre, alzado sobre  
la punta de las  
botas, exclamó:

--¡Son ciento veinte millones de pesetas sobre Londres,  
París, Hamburgo  
y Amsterdán, en letras a su favor! ¡A su favor, excelentísimo  
señor!  
¡Por casas de Hong-Kong, de Shang-Hai y de Cantón,  
de la herencia del  
Mandarín Ti-Chin-Fú!

Sentí temblar el mundo bajo mis pies y cerré un momento  
los ojos. Mas de  
pronto, comprendí que yo era desde aquel momento como  
una encarnación de  
lo sobrenatural, recibiendo de ella mi fuerza y sus  
atributos. No podía  
considerarme como un hombre, rebajándome con explicaciones  
humanas. Para  
no interrumpir la línea hierática de mi indiferencia,  
me abstuve de ir a  
sollozar de alegría, como me lo pedía el alma, sobre  
el vasto seno de la  
viuda de Marques.

De ahora en adelante ostentaría la impasibilidad de un Dios o de un Demonio; me calcé con naturalidad y dije a Silvestre y Juliano y C.º estas palabras:

--Está bien. ¡El Mandarín! Ese Mandarín se portó conmigo como un caballero. Ya sé de lo que se trata. Es una cuestión de familia. Deje ahí los papeles. Buenos días, Silvestre, Juliano y C.º.

Y se retiró, retrocediendo, con el cuerpo inclinado respetuosamente.

Entonces abrí de par en par la ventana, y, asomando la cabeza, respiré el aire cálido, como un corzo cansado.

Después miré hacia abajo, hacia la calle, donde la burguesía, saliendo de misa pululaba entre dos filas de carruajes. Mis ojos se fijaban, inconscientes, ora en las joyas de las mujeres, ora en los brillantes metales de los arreos. Y de repente la idea de mi grandeza me llenó de satisfacción. ¡Todos aquellos carruajes podrían ser míos! Ninguna de las mujeres que veía, dejaría de ofrecirme su seno desnudo, a la menor indicación de un caprichoso deseo. Todos aquellos hombres de levita y guantes negros se postrarían delante de mí como ante un Cristo, un Mahoma o un Buda, si yo arrojase sobre ellos un puñado de cheques de mis ciento veinte millones de pesetas sobre los principales Bancos de Europa.

Me apoyé en la baranda y reí viendo la agitación efímera de aquella humanidad subalterna que se consideraba libre y fuerte, mientras allá arriba, en la habitación de un cuarto piso, yo tenía en la mano, en un sobre lacrado, el principio de su flaqueza y de su esclavitud.

Entonces, satisfacciones del Lujo, regalos del Amor, orgullos del Poder, todo, todo lo gocé con la imaginación, en un instante y en un solo sorbo. Mas luego una gran saciedad me fué invadiendo el alma, y sintiendo el mundo a mis pies, bostecé como un león hartado.

¿De qué me servían por fin tantos millones, sino para traerme, día por día, la desoladora afirmación de la vileza humana?

¡Y así, al choque de tanto oro iba desapareciendo ante mis ojos, como humo, la belleza moral del Universo! Se apoderó de mí una inmensa tristeza mística. Caí sobre una silla, y con el rostro, entre las manos, lloré copiosamente.

Al poco tiempo la viuda de Marques abrió la puerta, toda vestida de seda negra.

--¡Le estarán esperando para comer!

Salí de mi amargura para responderle secamente:

--Yo no como.

--¡Más quedará!

En aquel momento estallaban cohetes a lo lejos. Me acordé de que era domingo, día de toros; de repente una visión brilló, relampagueando, atrayéndome deliciosamente: era la corrida vista desde un palco, después de una comida con champagne, ¡y a la noche una orgía como una divina y suprema iniciación! Corrí a la mesa. Llené mi cartera de letras sobre Londres. Descendí a la calle con el furor de un buitre que hiende el aire en busca de su presa. Pasaba un carruaje vacío. Le detuve gritando:

--¡A los toros!

--¡Son diez reales, mi amo!

Introduje la mano en la cartera cargada de millones y saqué las monedas que tenía: 75 céntimos...

El cochero fustigó el anca de la yegua y siguió refunfuñando. Yo balbuceé:

--Tengo letras... ¡Aquí están! Tengo letras sobre Londres, sobre Hamburgo...

--No sirven...

¡Setenta y cinco céntimos!... Y corrida, cena de lord, andaluzas desnudas, todo este sueño expiró como una pompa de jabón dentro de mi alma.

Odié a la humanidad. Otro carruaje atestado de gente alegre, por poco me

atropella.

Cabizbajo, cargado de millones sobre Rothschild, volví a mi cuarto piso.

Pedí perdón a doña Augusta, aceptando humildemente la comida que se dignó servirme; y pasé esta primera noche de riqueza a, bostezando sobre el lecho solitario, mientras fuera, el alegre Conceiro, el mezquino teniente con veinte duros de sueldo mensuales, reía con la viola un alegre «fado».

\* \* \* \* \*

A la mañana siguiente, mientras me afeitaban, reflexioné sobre el origen de mi riqueza. Era evidentemente sobrenatural y sospechoso.

Mas como mi racionalismo me impedía atribuir estos tesoros imprevistos a la generosidad de Dios o del Diablo, ficciones puramente escolásticas; como los fragmentos del positivismo que constituían el fondo de mi filosofía, no me permitían la indignación de «las causas primarias, de los orígenes esenciales», pronto me decidí a aceptar el fenómeno y a utilizarlo con largueza. Por lo tanto, corrí atropelladamente al «Londón Brazilian Bank».

Allí arrojé por el enrejado un cheque sobre el «Banco de Inglaterra», de mil libras, gritando esta deliciosa palabra:

--¡En oro!

Un cajero me respondió con dulzura:



--Tal vez le fuese más cómodo en billetes...

Respondí sécamente:

--¡En oro!

Llené mis bolsillos; y en la calle tomé un coche. Me sentí extremadamente gordo; tenía en la boca sabor de oro y una sequedad de polvo de oro en la piel de las manos; las paredes de las casas parecían brillar como largas láminas de oro, y dentro de mi cerebro rodaba un mar de ondas de oro.

Abandonado a la oscilación de los muelles, rebotando como un orden mal seguro, dejaba caer sobre la calle la mirada torva de mis ojos llenos de amargura. En fin, tirando el sombrero sobre la nuca, estirando la pierna, empujando el vientre, bostecé formidablemente.

Mucho tiempo rodé así por la ciudad, bestializado en un goce de Nabab.

Súbitamente, un brusco apetito de gastar, de disipar oro, vino a llenar mi pecho como una ventolina que hincha una vela.

--¡Pára, animal!--grité al cochero.

El coche se paró. Miré a mi alrededor, con los párpados entornados, buscando un objeto caro que comprar: joya de reina o conciencia de estadista; nada ví, y precipitadamente entré entonces en un estanco.

--¡Cigarros! ¡de peseta! ¡de diez reales!

--¿Cuántos?--preguntó servilmente el estanquero.

--¡Todos!--respondí brutalmente.

A la puerta, una pobre enlutada, con el hijo encogido en el seno, me extendió su mano transparente.

No hallando una sola pieza de cobre entre mis bolsillos cargados de oro, la rechazé con impaciencia, y con el sombrero echado sobre los ojos, me metí entre la turba.

Fué entonces cuando ví, adelantándose, la poderosa figura del Director General; inmediatamente me hallé con el dorso curvado y el sombrero cumplimentador en la mano. Era el hábito de dependencia; mis millones no me habían dado aún la verticalidad de la espina dorsal.

En casa desparramé el oro sobre el lecho y me revolqué en él mucho tiempo, gruñendo sordamente.

La torre de al lado dió las tres; y el sol descendí a llevándose consigo mi primer día de opulencia. Entonces, acorazado de libras, ¡corrí a divertirme!

¡Ah, qué día! Comí en un gabinete del Hotel Central, solitario y egoísta, con la mesa atestada de botellas de Burdeos, Borgoña, Champagne, Rhin, licores de todas las comunidades religiosas... ¡como si quisiera saciar de una vez la sed de treinta años!

Después,  
tambaleándome, entré en un lupanar. ¡Qué noche! La  
alborada clareó  
detrás de las persianas y me encontré reclinado en  
un diván, exhausto y  
semidesnudo, sintiendo el cuerpo y el alma desvanecerse,  
disolverse en  
aquel ambiente tibio donde erraba un olor suave de  
polvos de arroz, de  
hembras y de punch.

Cuando volví a la travesía de la Concepción, las  
ventanas de mi cuarto  
estaban cerradas, y la vela expiraba con resplandores  
lúvidos, en su  
palmatoria de latón. Entonces, al llegar junto a la  
cama, ví una cosa  
horrible; estirado, a través de la colcha, yacía la  
figura del Mandarín  
muerto, vestido de seda amarilla, con la coleta suelta,  
y entre las  
manos, como muerto también, tenía un papagayo de papel.

Abrí desesperadamente la ventana. Todo desapareció  
y sólo hallé sobre mi  
lecho, un viejo paletó.

### III

Entonces comenzó mi vida de millonario. Dejé apresuradamente la casa de la viuda de Marques, que desde que supo que era rico, me trataba de diferente manera sirviéndome ella misma, con su traje de seda de los domingos, arroz con leche, y otros platos por el estilo. Compré un

palacio en Loreto; las magnificencias de mi vivienda,  
son bien conocidas  
por los indiscretos fotograbados que publicó «La Ilustración Francesa».  
Se hizo famoso en toda Europa mi lecho, de un gusto  
exhuberante y  
bárbaro, cubierto de placas de oro labrado, y cortinajes  
de un raro  
brocado negro, donde ondean, bordados en perlas, versos  
eróticos de  
Cátulo; una lámpara suspendida en el interior derrama  
su claridad  
láctea y amorosa de una nube de verano.

Mis primeros meses de riqueza los pasé amando, amando  
con el sincero  
apasionamiento de un inexperto. La había visto, como  
en una página de  
novela, regando sus claveles en el balcón; se llamaba  
Cándida, era  
pequeñita y rubia, habitaba una casita cubierta de  
enredaderas y me  
recordaba por la gracia y por lo airoso de su cintura,  
todo lo que el  
arte ha creado más fino y frágil: Mimí, Virginia, Julietta...  
Todas las  
noches, en éxtasis místico caía a sus pies color de  
jaspe; y por la  
mañana, al despedirme, dejaba en su regazo, algunos  
billetes de cien  
pesetas. Al principio, ella los rechazaba con rubor,  
pero después los  
guardaba en su gaveta, llamándome cariñosamente su  
ángel tutelar.

Un día en que yo andando sigilosamente sobre la espesa  
alfombra siria,  
entré en su tocador, ella estaba escribiendo, muy pensativa,  
con un dedo  
en el aire. Al verme, pálida y trémula, escondió el  
papel que ostentaba  
en tinta roja su monograma. Yo, en un arranque inso-

nsato de celos, se  
lo arrebaté. Era la carta, la carta, que, desde la  
más remota  
antigüedad, la mujer siempre escribe; comenzaba por  
el indispensable:  
«idolatrado mío», y era por un alférez de policía.

Arranqué aquel amor de mi pecho como una planta ven  
enosa y desconfié  
para siempre de los ángeles rubios que conservan en  
su mirar azul el  
reflejo de los cielos que atravesaron.

Desde lo alto de mi oro, arrojé sobre la inocencia,  
el pudor, y otras  
idealizaciones funestas, la diabólica carcajada de  
Mefistófeles y  
organicé fríamente una existencia animal, grandiosa  
y cínica.

Al medio día, entraba en mi pila de mármol rosa, do  
nde los perfumes  
derramados daban al agua un tono opaco de leche: de  
spués, pajes rubios,  
de manos suaves, me daban fricciones con el ceremon  
ial de quien celebra  
un culto; y envuelto en un «robe-de-chambre» de sed  
a índica, atravesaba  
la galería mirando a mis «Fortunys» y a mis «Curots  
» entre dos filas  
silenciosas de lacayos, dirigiéndome al comedor, do  
nde, servidos en  
platos de Sévres, azul y oro, humeaban los más sucu  
lentos manjares. El  
resto de la mañana lo pasaba en un «boudoir» en que  
el mobiliario era de  
porcelana fina de Dresde, y la profusión de flores  
hacían de él un  
verdadero jardín de Armida; allí, reclinado sobre c  
ojines de seda color  
perla, saboreaba el «Diario de las Noticias», mient  
ras lindas mujeres,

vestidas a la japonesa, refrescaban el aire, agitando abanicos de plumas.

Por la tarde, iba a dar una vuelta a pie hasta el puente de las Almas: era la hora más pesada del día. La turba abyecta se paraba a contemplar los bostezos del Nabab fastidiado.

A veces sentía la nostalgia de mis tiempos de empleado. Entraba en casa, y encerrado en la biblioteca, donde el pensamiento de la humanidad reposaba olvidado y encuadernado en marroquí, cogía una pluma de pato y permanecía horas enteras escribiendo sobre papel de oficio del Estado estas frases hechas de otro tiempo:

«Ilmo. y Excmo. Sr.: Tengo la honra de participar a V.E...--Tengo el honor de poner en conocimiento de V.I.»

Al comenzar la noche, un criado, para anunciar la comida, hacía resonar por los corredores, en su bocina de plata, a la moda gótica, una armonía solemne. Yo, entonces, me levantaba y entraba en el comedor majestuoso y solitario. Una multitud de lacayos, con libreas de seda negra, servía, en un silencio de sombras que resbalan, las vituallas más raras y los vinos más costosos que joyas. Toda la mesa resplandecía de flores, luces, cristales y reflejos de oro; y, enroscándose entre las pirámides de frutos, mezclado en el humo de los platos, erraba en el aire un tedio inenarrable.

Después, reclinado en el fondo del cupé, iba a las  
«ventanas verdes»  
donde alimentaba, en un jardín, digno de un serrall  
o, entre  
refinamientos musulmanes, un vivero de hembras, y e  
nvuelto en una túnica  
de seda fresca y perfumada, me entregaba a los deli  
rios más  
abominables... Me traían medio muerto a casa, al pr  
imer albor de la  
mañana, hacía maquinalmente la señal de la cruz, y,  
a poco, roncaba  
sonoramente, lívido y sudoroso, como un Tiberio exh  
austo.

Entre tanto, Lisboa se arrodillaba a mis pies. El p  
atio del palacio  
estaba constantemente invadido por la turba; desde  
las ventanas de la  
galería contemplaba a veces, en mis horas de fastid  
io, blanquear las  
pecheras de la aristocracia, negrear las sotanas de  
l clero y relucir el  
sudor de la plebe. Todos venían a suplicar con fras  
e abyecta, una  
pequeña participación en mi riqueza. A veces consen  
tía en recibir a  
algún viejo aristócrata: penetraba en la sala tarta  
mudeando adulaciones,  
rozando casi la alfombra con sus cabellos blancos;  
e inmediatamente,  
cruzando sobre el pecho las manos de fuertes venas  
donde corría sangre  
de tres siglos, me ofrecía su hija por esposa o par  
a concubina.

Todos mis conciudadanos me brindaban presentes como  
un ídolo sobre el  
altar: unos, odas votivas, otros, mi monograma bord  
ado en pelo; algunos,  
chinelas o boquillas, y todos, su conciencia. Si mi  
mirada amortiguada

se fijaba casualmente en la calle en alguna mujer,  
al día siguiente  
recibía una carta en que ella, esposa o prostituta,  
me regalaba su  
desnudez, su amor, y todas las complacencias de la  
lascivia.

Los periódicos espoleaban su imaginación para hallar  
adjetivos dignos  
de mi grandeza; fuí el «sublime señor Teodoro»; lle  
gué a ser el «celeste  
señor Teodoro»; y la «Gaceta», por no ser menos, ll  
amóme el  
«extraceleste señor Teodoro». Delante de mí ninguna  
cabeza permaneció  
cubierta, usase corona o tiara. Todos los días me o  
frecían una  
Presidencia del Consejo de Ministros o la Dirección  
de una Cofradía,  
ofrecimientos que rechazé siempre con enojo. Poco a  
poco el rumor de mis  
riquezas pasó las fronteras. «El Fígaro», habló de  
mí cortesmente; en  
todos sus números me llenaban de elogios; el grotes  
co inmortal que firma  
«Saint-Genest» me dirigió apóstrofes, pidiendo mi a  
yuda para salvar a  
Francia; y fué tanta mi popularidad, que todas las  
Ilustraciones  
extranjeras publicaron a un tiempo los detalles más  
insignificantes de  
mi vida íntima. Recibí de todas las princesas de Eu  
ropa cartas con  
sellos heráldicos, exponiéndome por medio de fotogr  
afías y documentos la  
forma de sus cuerpos y la antigüedad de sus genealo  
gías. Dos tonterías  
que dije durante aquel año fueron telegrafiadas al  
universo entero por  
la Agencia Havas; y fuí considerado mucho más ingen  
ioso que Voltaire,  
que Rochefort y que ese mismo entendimiento que se



llama «Todo el Mundo». Cuando mi vientre indigesto se aliviaba con un sonoro estampido, la humanidad lo sabía por conducto de los periódicos. Hice empréstitos a los reyes, subsidié guerras civiles, y fuí aclamado por todas las repúblicas latinas que ornan el golfo de México.

Y entre tanto, vivía triste...

Siempre que entraba en casa contemplaba horrorizado la misma visión; ya atravesada en el umbral de la puerta, ya tendida sobre mi lecho de oro, veía una figura extraña, de coleta negra y túnica amarilla, con un papagayo de papel entre las manos. ¡Era el Mandarín Ti-Chin-Fú! Yo entraba furioso con el puño levantado, pero todo desaparecía como por encanto.

Entonces caía anonadado, sudoroso, sobre una poltrona y murmuraba en el silencio del cuarto, en donde las velas que ardían en los bruñidos candelabros de plata prestaban tonos sangrientos a los rojos damascos:

--¡Es preciso matar a este muerto!

Y todavía no era esta impertinencia de un viejo fantasma panzudo que se acomodaba sobre mis muebles, sobre las colchas de mi lecho, lo que más me exasperaba.

Mi horror supremo consistía en una idea clavada en mi espíritu como un hierro inarrancable: «yo había asesinado a un viejo».

No fué con una cuerda al cuello, según el uso musulmán, ni con veneno en una copa de vino de Siracusa a la manera italiana del Renacimiento, ni con ninguno de esos métodos clásicos que en la historia de las Monarquías han recibido consagraciones augustas, con el puñal como Juan II, o con la clava como Carlos IX.

Había eliminado a un sér humano desde lejos con una campanilla. Era absurdo, fantástico. Mas no disminuía la trágica negrura del hecho: «Yo había asesinado a un viejo».

Poco a poco esta certidumbre se fué petrificando en mi alma, y como una columna en un descampado dominó toda mi vida interior, de suerte que, por más desviado camino que tomasen mis pensamientos, veían siempre negrear en el horizonte aquella memoria acusadora; por más alto que levantasen el vuelo mis imaginaciones, terminaban por herirse las alas en ese monumento de miseria moral. ¡Ah, por más que se considere la vida y la muerte como vanas transformaciones de la substancia, es pavoroso el pensamiento que ha de bañarse en sangre caliente! Cuando después de comer, mientras a mi lado humeaba el café y yo languidecía, recostado en el sofá, en una sensación de plenitud y hartura, elevábase dentro de mí, melancólico, como canto que se escapa de una cárcel, un susurro de acusaciones.

--¡Miserable, ese bienestar con que te regalas, no

volverá a gozarlo el  
venerable Ti-Chin-Fú por tu causa!

En vano yo replicaba a mi conciencia, recordándole  
la decrepitud del  
Mandarín y su gota incurable. Fecunda en argumentos  
, gustosa de  
controversia, ella me refutaba con furor:

--Aun cuando en su más pequeña actividad, la vida e  
s un bien supremo;  
¡porque el encanto de ella reside en su principio m  
ismo y no en sus  
manifestaciones!

Yo me revolvía contra este pedantismo retórico de r  
ígido pedagogo.  
Alzaba altivamente la frente, gritándole con arroga  
ncia desesperada:

--¡Pues bien! Yo le he matado... ¿Qué quieres? ¡Tu  
nombre de conciencia  
no me asusta! Eres apenas una perversión de la sens  
ibilidad nerviosa.  
Puedo eliminarte con un poco de agua de azahar.

Inmediatamente sentía pasar por el alma, con una le  
ntitud de brisa, un  
rumor humilde de murmuraciones irónicas:

--Bien, entonces, come, duerme, báñate y ama.

Yo así lo hacía. Pero luego, las propias sábanas de  
Holanda de mi lecho,  
tomaban ante mis ojos despavoridos los tonos lívido  
s de una mortaja; el  
agua perfumada en la que me bañaba se pegaba a mi p  
iel, con la sensación  
espesa de sangre que se coagula; y los pechos desn  
dos de mis amantes,  
me llenaban de tristeza, como lápidas de mármol que  
encierran un cuerpo

muerto. Después me asaltó una amargura mayor.

Comencé a pensar que Ti-Chin-Fú tendría, sin duda,  
una numerosa familia,  
nietos y biznietos, que, despojados de sus riquezas  
, mientras yo me  
comía lo suyo en vajilla de Sévres, con una pompa d  
e Sultán perdulario,  
atravesarían en China todos los infiernos tradicion  
ales de la miseria  
humana, los días sin arroz, el cuerpo sin agasajos,  
la hermosura negada,  
el suelo cenagoso de la calle por lecho.

Comprendí entonces por qué me perseguía la obesa fa  
ntasma del viejo  
letrado; y de sus labios cubiertos por los largos p  
elos blancos de su  
bigote, parecióme oír brotar esta acusación desolad  
a:

--Yo no me lamento por mí, que estaba ya medio muer  
to; lloro por los  
tristes a quienes arruinaste, y que a estas horas,  
cuando tú vienes de  
dormir sobre el fresco seno de tus amantes, gimen d  
e hambre, apiñados,  
para luchar con el frío, entre el grupo repugnante  
de leprosos y  
ladrones en la «Puerta de los Mendigos», ¡allá al p  
ie de las terrazas  
del Templo del Cielo!

¡Oh, tortura espantosa! ¡Tortura realmente oriental  
! No podía llevarme a  
la boca un pedazo de pan sin recordar a los descend  
ientes de  
Ti-Chin-Fú, pidiendo de comer, como pajarillos sin  
plumas que abren en  
vano el pico y pían en un nido abandonado.

Si me envolvía en mi gabán de pieles me asaltaba de

pronto la visión de  
las desgraciadas señoras, mimadas en otro tiempo por todas las  
comodidades del confort chino, hoy, rojas de frío, vestidas de andrajos  
de viejas sedas, caminando con los pies amoratados por un campo de  
nieve. El techo de ébano de mi palacio me recordaba la familia del  
Mandarín; durmiendo a orillas de los canales, perseguidos por los  
perros; y dentro de mi lujoso cupé me estremecía la idea de largas  
caminatas por caminos encharcados, bajo el duro invierno asiático.

¡Lo que yo sufría! Y en este tiempo la multitud envidiosa poblaba mi  
palacio, comentando las felicidades inaccesibles que en él debían  
habitar.

En fin, reconociendo que la conciencia se agitaba dentro de mí como una  
serpiente irritada, decidí implorar el auxilio de aquel que dicen es  
superior a la Conciencia porque dispone de la Gracia.

¡Desgraciadamente yo no creía en él!... Recurrí, pues, a mi antigua  
divinidad particular, a mi ídolo predilecto, patrona de toda mi familia  
a Nuestra Señora de los Dolores. Y, regiamente pagado, un regimiento de  
curas y canónigos, por las catedrales de la ciudad y por las capillas de  
las aldeas, fué pidiendo a Nuestra Señora de los Dolores que volviese  
sus ojos piadosos hacia mi mal interior... Mas ningún alivio descendió  
de esos cielos inclementes a donde desde hace milla

res de años se  
dirigen en vano los clamores de la miseria humana.

Entonces, yo mismo me abismé en prácticas piadosas;  
y Lisboa asistió a  
este espectáculo extraordinario: un rico, un Nabab  
postrándose  
humildemente al pie de los altares, balbuceando con  
las manos juntas,  
rezos y plegarias, como si viese en la Oración y en  
el Cielo algo más  
que una consolación ficticia que inventaron los due  
ños de todo, para  
contentar a los que no tienen nada. Yo pertenezco a  
la burguesía y sé  
que si ella muestra a la plebe crédula un paraíso d  
istante, de goces  
inefables, es para apartar la atención de sus cofre  
s repletos y de la  
abundancia de sus sementeras.

Después, más inquieto, hice decir millares de misas  
, rezadas y cantadas,  
para desagraviar al alma errante de Ti-Chin-Fú. ¡Pu  
eril desvarío de un  
cerebro peninsular! El viejo Mandarín, en clase de  
Letrado, de miembro  
de la Academia de los Ilan-Lin, colaborador probabl  
e del gran Tratado de  
Khou-Truane-Chou, que ya tiene publicados más de se  
tenta y ocho mil  
setecientos treinta volúmenes, era sin duda alguna  
sectario de la moral  
positivista de Confucio. Nunca había quemado teas p  
erfumadas en honor de  
Buda; y las ceremonias del sacrificio místico debía  
n parecer a su  
abominable alma de gramático y de escéptico, simple  
s pantominas de los  
payasos en el Teatro de Haug-Tung.

Entonces, prelados astutos, con experiencia católic

a, me dieron un  
consejo admirable: captarme con presentes, flores,  
brocados y joyas,  
como si fuese a alcanzar los favores de Aspasia; y  
a la manera de un  
ventrudo banquero que obtiene las complacencias de  
una bailarina  
regalándola una quinta entre árboles, yo, por una s  
ugestión sacerdotal,  
tenté conseguir la benevolencia de la Madre de los  
hombres, levantándole  
una catedral toda de mármol blanco.

La abundancia de flores entre los pilares labrados  
dábanle perspectivas  
de paraíso; la multiplicidad de las luces recordaba  
n magnificencias  
siderales... ¡Dispendios vanos! El fino y erudito c  
ardenal Nani vino de  
Roma a consagrar la iglesia; mas cuando yo aquel dí  
a entré a visitar a  
mi divina huésped, lo que vi más allá de las calvas  
de los celebrantes,  
no fué la Reina de Gracia, rubia, con su túnica azu  
l, sino al viejo  
Mandarín con sus ojos oblícuos y su papagayo entre  
las manos. Era a él,  
a su blanco bigote de tártaro, a su panza color de  
oca, a quien todo un  
sacerdocio recamado de oro ofrecía, al roncar del ó  
rgano, ¡la eternidad  
de las Alabanzas!

Entonces, pensando que Lisboa y el medio adormecido  
en que me movía,  
eran favorables al desenvolvimiento de estas imagin  
aciones, partí, viajé  
modestamente, sin pompa, con un baul y un lacayo.

Visité, en su orden clásico, París, la banal Suiza,  
Londres y los lagos  
taciturnos de Escocia; levanté mi tienda delante de

las murallas  
exangélicas de Jerusalén; y desde Alejandría a Tebas  
recorrí ese largo  
Egipto monumental y triste como el corredor de un museo.  
ausoleo.

Conocí el mareo de los buques, la monotonía de las  
ruinas, las  
desilusiones del «boulevard»; y mi mal interior iba  
creciendo.

Ahora, ya no era sólo la amargura de haber despojado  
a una familia  
venerable; asaltábame el remordimiento de haber privado  
a la sociedad de  
un personaje fundamental, un letrado perito, columna  
del Orden, apoyo de  
las instituciones. No se puede arrancar a un Estado  
una personalidad que  
vale veinte millones de pesetas sin perturbar su equilibrio.  
Esta idea  
era mi desesperación. Quise saber si verdaderamente  
la desaparición de  
Ti-Chin-Fú fué funesta a la decrepita China; leí todos  
los periódicos de  
Hong-Kong y Shang-Hai, velé noches enteras sobre historias  
de viajes,  
consulté sabios misioneros; y artículos, hombres, libros,  
todo me  
hablaba de la decadencia del Celeste Imperio: ¡provincias  
arruinadas,  
ciudades moribundas, plebes hambrientas, pestes y rebeliones,  
templos  
en ruinas, leyes sin autoridad, la descomposición de un mundo,  
como una  
nave encallada que el mar deshace tabla por tabla!

¡Y yo me creía el causante de las desgracias de la  
sociedad china! En mi  
espíritu enfermo, Ti-Chin-Fú tomaba entonces el valor  
desproporcionado  
de un César, de un Moisés, de uno de esos seres pro



videnciales que son  
la fuerza de una raza. Yo le dí muerte, y con él mu-  
rió la vitalidad de  
su patria. Su vasto cerebro tal vez hubiese salvado  
los rasgos geniales  
de aquella vieja monarquía asiática, y yo inmoviliz-  
é su acción creadora.  
Su fortuna hubiera podido reforzar el Erario, y yo  
la estaba disipando  
entre fiestas y prostitutas... ¡Amigos, conocí el r-  
emordimiento inmenso,  
colosal, de haber arruinado un Imperio!

Para olvidar este complicado tormento, me entregué  
a la orgía. Me  
instalé en un palacio de la avenida de los Campos E-  
líseos, y fuí  
terrible. Daba fiestas a lo Trimalción; y, en las h-  
oras más ásperas de  
la furia libertina, cuando entre la música de las c-  
harangas, entre el  
estridor brutal de los cobres, rompían el «can-cán»  
, cuando prostitutas  
de seno desnudo, cantaban coplas canallescas; cuand-  
o mis convidados  
bohemios, ateos de cervecería, injuriaban a Dios, c-  
on la copa de  
champagne levantada, yo, poseído súbitamente como H-  
elio y Abalo, de un  
furor de bestialidad, de un odio inmenso contra lo  
Pensante y lo  
Consciente, me tiraba al suelo a cuatro patas y me  
ponía a rebuznar  
imitando al burro.

Después quise descender más; confundirme con la ple-  
be, conocer las  
torpezas alcohólicas de la taberna; y muchas veces,  
vestido de blusa,  
con la gorra echada hacia atrás, del brazo de «Mes-  
Bottes o  
Bibi-la-Gaillarde», entre un tropel de borrachos, f

uí tambaleándome por  
los «boulevares» exteriores, cantando con voz ronca  
:

«¡Allons, enfants de la patrie-e-e!...  
Le jour de gloire est arrivé-e-e...»

Una mañana, después de estos excesos, a la hora en  
que en las tinieblas  
del alma del borracho se alza una vaga aurora espir  
itual, nació, de  
repente, la idea de partir para la China. Y como so  
ldados adormecidos en  
el campamento, que al són del clarín se levantan y  
uno a uno se van  
juntando y formando en columna, otras ideas se fuer  
on reuniendo en mi  
espíritu, alineándose en formidable formación. Marc  
haría a Pekín;  
descubriría la familia de Ti-Chin-Fú; casándome con  
una de las señoras,  
legitimaría la posesión de mis millones; daría a aq  
uella casa letrada su  
antigua prosperidad; para calmar el espíritu irrita  
do del Mandarín  
celebraría pomposos funerales; iría por las provinc  
ias miserables  
distribuyendo arroz y donativos; y una vez obtenido  
del emperador el  
botón de cristal que ostentan los Mandarines, subst  
ituiría a la  
personalidad del Ti-Chin-Fú, pudiendo así restituir  
legalmente a su  
patria, sino la autoridad de su saber, al menos la  
fuerza de su oro.

Todo esto, a veces, me parecía un programa indefini  
do, nebuloso, pueril  
e idealista. Mas el deseo de esta aventura original  
y épica, acababa por  
convencerme, arrastrándome como a las hojas secas l  
os remolinos del

viento. Suspiré anhelante por pisar la tierra de China. Después de largos preparativos aligerados a peso de oro, una noche, por fin, partí para Marsella. Había alquilado un buque entero: «El Ceilán». Y a la mañana siguiente, por un mar azul-prusia, bajo el velo blanco de las gaviotas, cuando los primeros rayos del sol ruborizaban las torres de Nuestra Señora de la Guardia, puse proa hacia Oriente.

#### IV

«El Ceilán» tuvo un viaje monótono y lleno de calma hasta Shang-Hai. Desde allí subimos por el río Azul hasta Tien-Tsin en un pequeño «steamer» de la Compañía Russal. Yo no iba a visitar la China con esa curiosidad ociosa de turista; todo el paisaje de aquella provincia, semejante al de un vaso de porcelana, de un tono azulado y vaporoso, con colinitas peladas y de tiempo en tiempo un arbusto solitario, no me hizo salir de mi sombría indiferencia.

Cuando el capitán del «steamer», un yanki imprudente, de hocico de cerdo, al pasar por Nankin, me propuso ir a recorrer las monumentales ruinas de la vieja ciudad de porcelana, yo rechazé la proposición con un seco movimiento de cabeza, sin levantar los ojos tristes de la tranquila corriente del río.

¡Qué pesados e insoportables me parecieron los días de navegación de Tien-Tsin a Tung-Chou, en barcos chatos que apestaban como el olor y suciedad de los remeros; ora a través de las tierras bajas inundadas por el Pei-hó, ora a lo largo de pálidos e infinitos arrozales; cruzando aquí una lúgubre aldea de loma negra, allá un campo cubierto de flores amarillas, topando a cada momento con cadáveres de mendigos, hinchados y verdosos, que descendían al fondo del agua, bajo un cielo fosco y bajo!

En Tung-Chou quedé sorprendido al ver la escolta de cosacos que mandaba a mi encuentro el viejo general Camilloff, heróico oficial de las campañas del Asia Central, y entonces embajador de Rusia en Pekín. Me habían recomendado a él como un sér precioso y raro. El lenguaraz intérprete Sa-Tó, que el general había mandado para ponerse a mi servicio, me explicó que las cartas del sello imperial anunciando mi llegada, se habían recibido hacía tiempo por conducto de los correos de la cancillería que atraviesan la Siberia en trineos, desciende sobre los lomos del camello hasta la Gran Muralla tártara, y entregan allí su maleta a esos corredores mongólicos, vestidos de cuero escarlata, que noche y día galopan hacia Pekín.

Camilloff me enviaba un «poney» de la Mandchuria, enjaezado de seda, y una tarjeta de visita con estas palabras escritas con lápiz bajo su

nombre: «¡Salud! ¡El caballo es blando de boca!»

Monté el «poney»; y a un «¡hurra!» de los cosacos,  
entre la heroica  
agitación de las lanzas, partimos a galope por la p  
olvorienta planicie,  
porque ya la tarde declinaba, y las puertas de Pekí  
n se cierran apenas  
el último rayo de sol huye de las torres del Templo  
del Cielo. Al  
principio seguimos un camino, formado por el tránsi  
to de las caravanas,  
atravesado por enormes losas de mármol arrancadas d  
e la antigua Vía  
Imperial. Después pasamos el puente de Palitas. Cor  
rimos a la orilla de  
canales de agua negra; comenzaron a aparecer pomare  
s y aldeas anidadas  
al pie de una pagoda, y de repente, en un recodo de  
l camino, me paré  
asombrado.

¡Pekín estaba delante de mí! Es una vasta muralla,  
monumental y bárbara,  
de un negro obscuro, extendida hasta perderse de vi  
sta, y destacándose  
con la arquitectura babilónica de sus puertas de te  
chos curvos, sobre el  
fondo sangriento de la púrpura del sol poniente.

A lo largo, hacia el norte, en medio de una nube ro  
jiza, veíase, como  
suspendidas en el aire, las montañas de Mongolia.

Una rica litera me esperaba a la puerta de Ung-Tsen  
-Men, para conducirme  
a través de Pekín, hasta la residencia militar de C  
amilloff. Ahora, la  
muralla, vista de cerca, parecía levantarse hasta l  
os cielos con todo el  
horror de una construcción bíblica.

En su base se apiñaba una confusión de barracas, feria exótica, donde pululaba una multitud rumorosa, y la luz de las linternas oscilantes salpicaba el crepúsculo de vagas manchas sangrientas. Los toldos blancos parecían al pie del negro muro bandadas de mariposas inmóviles.

Una gran tristeza se apoderó de mi alma. Entré en la litera, y cerrando las cortinas de seda escarlata bordadas de oro, escoltado por los cosacos, penetré en la vieja Pekín, por su puerta babélica, en medio de una turba tumultuosa, entre carretas, caballeros mongólicos armados de flechas, bonzos de túnica blanca, marchando uno a uno, y largas filas de dromedarios balanceando cadenciosamente su carga.

Al poco rato la litera se paró. El respetuoso Sa-Tó, descorrió las cortinas y me hallé en un jardín obscuro y silencioso, donde, entre sicomoros seculares, kioscos iluminados, brillaban con una luz suave, como colosales linternas perdidas en la selva. Los surtidores y las fuentes murmuraban en la sombra. Bajo un peristilo formado de maderos pintados de rojo, iluminado por hileras de faroles de papel transparente, me esperaba una membruda figura de bigotes blancos, apoyada en un grueso sable. Era el general Camilloff. Al adelantarme hacia él, lo hacía con el paso inquieto de las gacelas que, asustadas, huyen sin ruido entre los árboles.

El viejo héroe me apretó un momento contra su pecho

y me condujo luego,  
según los usos chinos, al baño de la hospitalidad,  
una vasta pila de  
porcelana, donde entre rodajas finas de limón sobre  
nadaban esponjas  
blancas despidiendo un fuerte olor a lilas.

Poco después, la luna bañaba deliciosamente los jar  
dines; y yo, muy  
fresco, de corbata blanca, entraba del brazo de Cam  
illoff en el  
«boudoir» de la generala. Era alta y rubia, tenía l  
os ojos verdes de las  
sirenas de Homero; en el descote bajo de su vestido  
de seda llevaba  
prendida una rosa blanca; y en los dedos, que yo be  
sé respetuosamente,  
erraba un perfume fino de sándalo y de té.

Hablamos mucho de Europa, del nihilismo, de Zola, d  
e León XIII, y de la  
delgadez de Sarah.

Por la galería abierta penetraba un aire cálido que  
trascendía a  
heliotropo. Después la dama se sentó al piano, y co  
n su voz de contralto  
rompió el silencio melancólico de la ciudad tártara  
, cantando las  
picantes arias de «Madame Javart» y las melodías fa  
tigosas del «Rey de  
Lahore».

Al día siguiente, encerrado con el general en uno d  
e los dos kioscos del  
jardín, le conté mi lamentable historia y los motiv  
os fabulosos que me  
impulsaron a venir a Pekín. El héroe me escuchaba s  
ilencioso,  
retorciéndose sombríamente su espeso bigote de cosa  
co.

--¿Sabe usted el idioma chino?--me preguntó de repente, clavando en mí sus pupilas sagaces.

--Sé dos palabras importantes, mi general: «Mandarín» y «Té».

El héroe se pasó la mano de gruesos tendones sobre la horrible cicatriz que le cruzaba la calva:

--«Mandarín», amigo mío, no es palabra china y nadie la entiende en este país. Es el nombre que en el siglo XVI, los navegantes de su patria, de su hermosa patria...

--Cuando nosotros teníamos navegantes...--murmuré suspirando. Mi interlocutor suspiró también, por cortesía, y continuó:

--...Que sus navegantes dieron a los funcionarios chinos. Viene de su verbo, de su lindo verbo...

--Cuando teníamos verbos...--interrumpí yo, por esa costumbre instintiva en los peninsulares de hablar mal de la patria.

El general entornó un momento sus ojos redondos de viejo astuto y prosiguió paciente y grave:

--De su lindo verbo mandar...» Le queda, por lo tanto, una palabra, «té». Es un vocablo que tiene gran importancia en la vida china, más lo creo insuficiente para servir en todas las relaciones sociales. Mi querido huésped pretende casarse con una señora de



la familia de  
Ti-Chin-Fú, continuar la gran influencia que ejercí  
a el Mandarín y  
substituir, doméstica y socialmente a ese llorado d  
ifunto... Para todo  
eso dispone de la palabra «té». Es poco.

No pude negar que era poco. El venerable ruso, frun  
ciendo su nariz de  
pico de milano, me opuso aún otras objeciones que y  
o veía levantarse  
ante mi deseo como las murallas mismas de Pekín; ni  
nguna señora de la  
familia de Ti-Chin-Fú consentiría en casarse con un  
extranjero; y sería  
imposible, absolutamente imposible, que el emperado  
r, el Hijo del Sol,  
concediese a un extraño los honores privilegiados d  
e un Mandarín.

--¿Por qué me los negaría?--exclamé.--Yo pertenezco  
a una distinguida  
familia de la provincia del Miño. Soy licenciado, p  
or lo tanto, en China  
como en Coimbra, soy letrado. He pertenecido a una  
oficina del  
Estado... Poseo millones. Tengo la experiencia del  
estilo  
administrativo...

El general se iba inclinando respetuosamente ante l  
a abundancia de mis  
atributos.

--No es--dijo al fin--que el emperador realmente lo  
rechaze; es que el  
individuo que lo propusiese, sería inmediatamente d  
ecapitado. La ley  
china, en este punto, es explícita y severa.

Bajé la cabeza abrumado.

--Mas, general--murmuró,--yo quiero librarme de la presencia odiosa del viejo Ti-Chin-Fú y de su papagayo... Si yo entregase la mitad de mis millones al tesoro chino, ya que no me es dado personalmente, como Mandarín, aplicarlos a la prosperidad del Estado, tal vez Ti-Chin-Fú se calmase.

El general puso paternalmente su ancha mano sobre mi hombro.

--Error, considerable error, joven. Esos millones nunca llegarían al Tesoro imperial. Se quedarían en los bolsillos insondables de las clases directoras; serían disipados en plantar jardines, coleccionar porcelanas, alfombrar salones y vestir de seda a las concubinas: no alimentarían una sola piedra de los caminos públicos... Irían a enriquecer la orgía asiática. El alma de Ti-Chin-Fú debe conocer bien el Imperio, y eso no le satisfaría.

--¿Y si yo emplease parte de la fortuna del viejo en hacer particularmente, como filántropo, largas distribuciones de arroz al populacho hambriento? Es una idea.

--Funesta--dijo el general, frunciendo horriblemente el entrecejo.--La corte imperial vería en esto una ambición política, un plan para ganar el favor de la plebe, un peligro para la dinastía... Mi buen amigo sería decapitado... Es grave...

--¡Maldición!--grité.--¿Entonces para qué he venido

a la China?

El diplomático se encogió de hombros; mas luego mostró en una sonrisa maliciosa sus dientes amarillentos de cosaco:

--Haga una cosa. Busque a la familia de Ti-Chin-Fú.

Y añadió:

--Yo indagaré del primer ministro, su excelencia el príncipe Tong, donde pára esa familia tan interesante; después reúnalos usted, y arrójeles una o dos docenas de millones; organice para el difunto unos funerales de gran ceremonia con un séquito de una legua de largo, filas de bonzos, todo un mundo de estandartes, palanquines, lanzas, plumas, pendones encarnados y, por último, legiones de plañideras lanzando gritos lamentables. Si después de todo su conciencia no se adormece y el fantasma insiste...

--¿Entonces?

--Entonces mataos.

--Muchas gracias, mi general.

\* \* \* \* \*

Una cosa, sin embargo, era evidente y en ello estuvieron de acuerdo Camilloff, el respetuoso Sa-Tó y la generala, que para tratar a la familia de Ti-Chin-Fú, formar en el séquito de los funerales y, en una palabra, introducirme en la vida de Pekín, era prec

iso, desde luego,  
vestirme con un traje conforme a las maneras y al c  
eremonial de los  
mandarines.

Mi faz amarillenta y mi largo bigote caído, favorec  
ían el plan. Y cuando  
a la mañana siguiente, después de haber regateado c  
on los sastres de la  
calle Cha-Cona, entré en la sala tapizada de seda e  
scarlata, donde ya  
brillaba la vajilla del almuerzo sobre la mesa de h  
ule negro, la  
generalala retrocedió como si apareciese el propio To  
ng-Tché, Hijo del  
Cielo.

Yo ostentaba una túnica de brocado azul obscuro abo  
tonada a un lado, con  
el peto ricamente bordado de dragones y flores de o  
ro, encima de una  
sobrevesta de seda de un tono azul más claro, corta  
, amplia y fofa; las  
calzas, de satén color de avellana, descubrían rica  
s babuchas amarillas,  
pespunteadas de perlas y un poco de la media sembra  
da de estrellitas  
obscuras, y a la cintura, en una linda faja recamad  
a llevaba metido un  
abanico de bambú, de los que ostenta el retrato del  
filósofo La-o-Tsé, y  
son fabricados en Lwatón; y por esas misteriosas co  
rrelaciones con que  
el vestido influye en el carácter, yo sentía ya den  
tro de mí ideas e  
instintos chinescos; el amor a los ceremoniales met  
iculosos, el respeto  
burocrático a las fórmulas, un abyecto terror hacia  
el emperador, el  
odio a lo extranjero, el culto por los antepasados,  
el fanatismo de la  
tradición, el gusto por las cosas azucaradas.

Alma y vientre eran por completo de un Mandarín. Así es que no dije a la generala:

«Bon jour, madame», sino que, doblado por la cintura, haciendo girar los puños cerrados sobre la frente, baja, hice gravemente el «chinchín».

--¡Está usted adorable, precioso!--decía ella con su linda sonrisa, golpeando las manos diminutas y pálidas.

En honor de mi nueva encarnación, habían preparado aquella mañana un almuerzo chino. ¡Qué gentiles servilletas de papel de seda escarlata con monstruos fabulosos dibujados en negro! La comida dio comienzo por ostras de Ning-Pó. ¡Excelentes! Me sorbí dos docenas con verdadero regalo oriental. Después sirvieron deliciosas fibras de aletas de tiburón, ojos de carnero con picado de ajo, un plato de nenúfares en compota, naranjas de Cantón, y, en fin, el arroz tradicional, el arroz de los abuelos. Todo esto con la ayuda de unas cuantas botellas de excelente vino de Chao-Chigné. Y, en fin, con qué gozo saboreé mi taza de té imperial, té de la primera cosecha de marzo, cosecha única que es celebrada como un rito santo por las manos puras de las vírgenes.

Entraron dos cantadoras, mientras nosotros fumábamos, y durante largo tiempo, entonaron con una modulación gutural viejas cántigas de los tiempos de la dinastía Ming al són de guitarras for

radas de piel de  
serpiente, que dos tártaros, en cuclillas, rasgueab  
an con una cadencia  
melancólica y bárbara. La China tiene encantos raro  
s.

Después, la rubia generala cantó con gracia, la «Fe  
mme a barbe»: y  
cuando el general marchó con su escolta cosaca haci  
a el Yamen del  
príncipe Tong, a informarse de la residencia de la  
familia Ti-Chin-Fú,  
yo, repleto y bien dispuesto, salí con Sa-Tó a ver  
Pekín.

\* \* \* \* \*

La vivienda de Camilloff quedaba en la ciudad tártar  
a, en los barrios  
militares y nobles. Reina allí una tranquilidad aus  
tera. Las calles  
semejant largos caminos de aldea surcados por las ru  
edas de los carros; y  
casi siempre se camina pegado a los muros, de donde  
salen ramas  
horizontales de sicomoros.

A veces, una carreta pasa rápidamente, al trote de  
un poney mogol, con  
altas ruedas claveteadas de clavos dorados; todo en  
ella oscila: el  
toldo, las cortinas de seda, los penachos de plumas  
de los ángulos; y  
dentro se entrevé alguna hermosa dama china, cubier  
ta de brocado claro,  
la cabeza toda llena de flores, haciendo girar en l  
as muñecas dos aros  
de plata con un aire de tedio ceremonioso: Después  
alguna aristocrática  
litera de mandarín, que koolíes vestidos de azul, c  
on la coleta suelta,  
llevan al trote, encorvados, hacia los Yamens del E

stado; precédeles un  
criado que levanta en el aire rollos de seda con in  
scripciones bordadas,  
insignias de autoridad; y dentro el personaje gordi  
nflón de enormes  
lentes redondos, ojea sus papeles o dormita con el  
labio caído.

A cada momento nos parábamos para admirar las ricas  
tiendas con sus  
tabletas verdes de letras doradas sobre fondo negro  
; los parroquianos,  
en un silencio de iglesia examinan las preciosidade  
s: porcelanas de la  
dinastía Ming, bronces, esmaltes, marfiles, sedas,  
armas, los abanicos  
maravillosos de Swatón; a veces una fresca joven de  
ojos oblicuos,  
vestida de azul, con amapolas de papel en la cabeza  
, desdobra algún rico  
brocado delante de algún grueso chino que la contem  
pla beatíficamente  
con los dedos cruzados sobre la panza: al fondo, el  
mercader, aparatoso  
e inmóvil, escribe sobre tablillas de sándalo, y un  
perfume suave que  
entristece y perturba, brota de todas las cosas.

¡He aquí las murallas que cercan a la ciudad interd  
icta, morada santa  
del Emperador! Jóvenes de familias patricias, descie  
nden de la terraza  
de un templo, donde estuvieron adiestrándose en el  
manejo de la flecha.  
Sa-Tó, me dice sus nombres: forman parte de la guar  
dia selecta, que en  
las ceremonias da escolta al quitasol de seda amari  
lla con un dragón  
bordado que es el emblema sagrado del Emperador.

Todos ellos complimentan profundamente a un viejo d  
e barbas venerables,

con sobrevesta amarilla, privilegio de los ancianos  
. Iba hablando solo y  
llevaba en la mano una vara donde se posaban dos pá-  
jaros domesticados.  
Era un príncipe del Imperio.

¡Extraños barrios! Mas nada me divertía tanto como  
ver a cada instante  
en la puerta de un jardín, dos mandarines panzudos  
que para entrar se  
hacían infinitas zalemas y cortesías, sonriendo, to-  
do un ceremonial  
dogmático, que les hacía oscilar de un modo picares-  
co sobre las espaldas  
las largas plumas de pavo. Donde quiera que se leva-  
ntaban los ojos se  
veían siempre enormes cometas de papel, ora en form-  
a de dragones, ora de  
cetáceos o aves fabulosas, llenando el espacio de u-  
na inverosímil legión  
de monstruos transparentes y ondeantes.

--¡Sa-Tó, basta de ciudad tártara! Vamos a ver los  
barrios chinos.

Y allí fuimos, penetrando en la ciudad chinesca por  
la parte populosa de  
Tchin-Men. Aquí habita la burguesía, los mercaderes  
y el populacho. Las  
calles alíneanse como una pauta; y en el suelo vetu-  
sto y enlotado, hecho  
con inmundicias de cien generaciones, aún se ven al-  
gunas de aquellas  
losas de mármol de color de rosa que en otra era, e-  
n tiempo de la  
grandeza de Ming, lo cubrían.

Forman las calles, ora terrenos pedregosos donde aú-  
llan manadas de  
perros hambrientos, ora filas de chozas toscas, ora  
pobres tiendas con  
sus tabletas balanceándose en un asta de hierro.



A lo lejos se alzan los arcos triunfales hechos con barrotes de color de púrpura, ligados en lo alto por un tejado oblongo de tejas azules que brillan como esmaltes. Una multitud rumorosa y apiñada, donde domina el tono pardo y azulado de los trajes, circula sin cesar; el polvo lo envuelve todo en una nevada amarilla; un hedor acre se respira en el aire; y a cada momento largas caravanas de camellos atraviesan la multitud, conducidos por mongoles sombríos vestidos de pieles de carnero...

Fuimos hasta los caminos de los puentes sobre los canales, donde saltimbanquis semi-desnudos, con máscaras simulando demonios pavorosos, hacen destrezas con una picardía bárbara y sutil; y mucho tiempo estuve admirando los astrólogos que, vestidos con largas túnicas, adornados con dragones de papel, venden ruidosamente horóscopos y consultas de astros. ¡Oh, ciudad, fabulosa y singular!

De repente se levantó una gritería espantosa. Corrimos; era una cuerda de presos, que un soldado, de grandes lentes, empujaba con su quitasol, amarrados los unos a los otros por el extremo de la coleta. En aquella avenida vi también el cortejo de un funeral de Mandarín, todo ornado de oriflamas y banderolas; grupos de hombres fúnebres quemaban papeles en braserillos portátiles; mujeres desarrapadas aullaban de dolor revolcándose sobre los tapices; después se levantab

an, y un koolí,  
vestido de blanco, en señal de luto, les servía el  
té en un gran plato  
en forma de ave.

Al pasar junto al Templo del Cielo, vi apiñada en una grada una legión  
de mendigos; llevaban por todo indumento un trapo amarrado a la cintura  
con un cordel; las mujeres, con los cabellos cubiertos de viejas flores  
de papel, roían huesos tranquilamente, y los cadáveres de las criaturas  
se pudrían a su lado bajo el vuelo de los moscardones. Más adelante  
encontramos una jaula donde un condenado extendía, a través de los  
barrotes, las manos descarnadas, implorando una limosna... Después  
Sa-Tó, mostróme respetuosamente una plaza estrecha: allí, sobre pilares  
de piedra, se veían pequeñas jaulas conteniendo cabezas de decapitados,  
goteando sangre espesa y negra.

--¡Oh!--exclamé fatigado y aturdido.--Sa-Tó, ahora quiero reposo,  
silencio y un cigarro caro...

El intérprete inclinóse; y por una escalera de granito me llevó a las  
murallas de la ciudad, las cuales forman una explanada que cuatro carros  
de guerra apareados podrían recorrer durante leguas.

Mientras Sa-Tó, sentado en el hueco de una almena, bostezaba en un  
desahogo de «cicerone» fastidiado, yo, fumando, con temple largo rato, a  
mis pies, la vasta y sagrada Pekín.

Es como una formidable ciudad de la Biblia, Babel o Nínive, que el profeta Jonás tardó tres días en atravesar. El gran dioso muro cuadrado limita los cuatro puntos del horizonte con puertas de torres monumentales, que el aire azulado, desde aquella distancia, hace parecer transparentes. En la inmensidad de su recinto aglom éranse confusamente verdores de bosques, lagos artificiales, canales brillantes, puentes de mármol, terrenos cubiertos de minas, tejados barnizados relucientes al sol; por todas partes se alzan pagodas heráldicas, blancas azoteas de templos, arcos triunfales, kioscos saliendo de entre el follaje de los jardines; después, espacios que parecen montes de porcelana; y siempre a intervalos regulares la mirada encuentra algunos de los bastiones, de aspecto heróico y fabuloso.

La multitud, junto a esas edificaciones grandiosas, es apenas como granos de arena negra que un viento blando trae y lleva.

Aquí está el vasto palacio imperial, entre arboledas misteriosas, con sus tejados de un amarillo de oro muy vivo. ¡Con cuánto gusto penetraría en sus secretos y vería desfilar, por las galerías sobrepuestas, la magnificencia bárbara de esas dinastías seculares!

A lo lejos se levanta la torre del Templo del Cielo, semejante a tres quitasoles sobrepuestos; después la gran columna de los Principios, hierática y seca como el genio de la raza, y delante

e blanquean en una  
media tinta sobrenatural, las terrazas de jaspe del  
Santuario de la  
Purificación.

Entonces interrogué a Sa-Tó; y su dedo respetuoso f  
ué señalándome el  
Templo de los Antepasados, el Palacio de la Soberan  
a Concordia, el  
pabellón de las Flores de las Letras, el kiosco de  
los Historiadores,  
brillando, entre los bosques sagrados que los cerca  
n, con sus tejados  
lustrosos, azules, verdes, escarlata y de color de  
limón. Yo devoraba  
con ojos ávidos aquellos monumentos de la antigüeda  
d asiática, lleno de  
curiosidad por conocer las impenetrables clases que  
los habitan, el  
principio de las Instituciones, la significación de  
las inscripciones,  
el espíritu de sus ciencias, la gramática, el dogma  
y la extraña visa  
interior de un cerebro de letrado chino. Mas ese mu  
ndo es inviolable  
como un santuario.

Me senté en la muralla, y mis ojos perdiéronse en l  
a planicie arenosa  
que se extiende más allá de los puestos hasta los c  
ontrafuertes de los  
montes mongólicos; allí, airosamente, se arremolina  
n ondas indefinibles  
de polvo; y a todas horas negrean filas vagarosas d  
e caravanas. Entonces  
invadió a mi alma una melancolía que el silencio de  
aquellas alturas,  
envolviendo a Pekín, hacía más desolada; era como u  
n cansancio de mí  
mismo, un largo pensar de mi sentir; allí, aislado,  
absorto en aquel  
mundo duro y bárbaro. Me acordé, con los ojos húmed

os, de mi aldea del  
Miño, la venta con un ramo de laurel colgado sobre  
la puerta, el banco  
del herrador y las riberas fresca y rozagantes cuan  
do verdean los  
linos.

Era la época en que las palomas emigran de Pekín ha  
cia el Sur. Yo las  
veía reunirse en bandadas por encima de mí, partien  
do de los bosques, de  
los templos y de los pabellones imperiales; cada un  
a llevaba, para  
librarse de los milanos, una cañita de bambú que el  
aire hacía silbar, y  
aquellas nubes blancas pasaban como impelidas por u  
na brisa suave,  
dejando en silencio un lento y melancólico suspiro,  
una ondulación  
célica, que se perdía en los aires pálidos. Volví a  
casa, lento y  
pensativo.

\* \* \* \* \*

En la comida, Camilloff, desdoblando su servilleta,  
me preguntó mis  
impresiones sobre Pekín.

--Pekín me hace sentir muy bien, mi general, los ve  
rsos de un poeta  
portugués:

«Sóbalos ríos que vão  
por Babylonia me achei...»

--¡Pekín es un monstruo!--dijo Camilloff, haciendo  
oscilar su calva  
reluciente.--Y ahora considere que en esta capital,  
a la clase tártara y  
conquistadora que la posee, obedecen trescientos mi  
llones de hombres,

una raza audaz, laboriosa, sufrida, política, invasora. Estudian nuestras ciencias... ¿Una copita de Medoc, Teodoro? ... ¡Tienen una marina formidable! El ejército que en otro tiempo creía destrozar al extranjero con dragones de papel de donde salían cullebras de fuego, ¡sigue ahora la táctica prusiana y va armado con fusil de aguja! ¡Grave, muy grave!

--Y todavía, mi general, en mi país, cuando a propósito de Macao, se habla del Imperio Celeste, los patriotas se pasan los dedos por las greñas y dicen negligentemente: «Mandamos allá cincuenta hombres y barremos la China».

Después de citar esta sandez, quedamos silenciosos. El general, tosiendo formidablemente, murmuró luego, con condescendencia:

--¡Portugal es un bello país!

Yo exclamé con sequedad y firmeza:

--¡Una pocilga, general!

La generala, colocando delicadamente en el borde del plato un alón y limpiándose los dedos, dijo:

--Es el país de la canción de Mignon; el hermoso país donde florece la naranja.

El gordo Meriskoff, doctor alemán de la Universidad de Bonn, canciller de la legión, hombre de aficiones poéticas, y gran com

entarista, observó  
con respeto:

--Generala, el dulce país de Mignon es Italia: «¿Conoces tú la tierra privilegiada donde la naranja da flor?» El divino Goethe se refería a Italia, «Italia mater». Italia será el eterno amor de la humanidad sensible.

--¡Yo prefiero a Francia!--suspiró la esposa del primer secretario, una jovencita pálida de cabello rizado.

--¡Ah, la Francia!--murmuraron algunos comensales, poniendo los ojos en blanco.

El gordo Meriskoff agitó los lentes de oro.

--Francia tiene un pero, que es la cuestión social.

--¡Oh, la cuestión social!--murmuró sombríamente Camilloff.

Y conversando con tanta sabiduría, llegamos por fin al café.

Al bajar al jardín, la generala, apoyándose sentimentalmente en mi brazo, murmuró, junto a mi oído:

--Ay, ¡quién pudiera vivir en esos palacios apasionados donde verdean las naranjas!...

--¡Allí sí que se ama, generala!--le dije en secreto, llevándola dulcemente hacia la obscuridad de los sicomoros.

Fué necesario todo un largo verano para descubrir la provincia donde residía el difunto Ti-Chin-Fú.

¡Qué episodio administrativo tan pintoresco, tan chino! El servicial Camilloff, que se pasaba el día entero recorriendo los Yamens del Estado, tuvo que probar, primero, que el deseo de conocer la morada del viejo Mandarín no encubría ninguna conspiración contra la seguridad del Imperio, y después fué preciso que jurase que no encerraba esta curiosidad un atentado contra los Ritos sagrados. Entonces, satisfecho, el príncipe Tong permitió que se hiciese la requisitoria imperial: centenares de escribientes palidecieron noche y día, con el pincel en la mano, dibujando consultas sobre papel de arroz; misteriosas conferencias susurraron insensatamente por todos los distritos de la Ciudad Imperial desde el Tribunal Astronómico hasta el Palacio de la Bondad Preferida; y un ejército de koolíes transportaba desde la legación de Rusia hasta los Kioscos de la Ciudad Interdicta, y de aquí al Patio de los Archivos, parihuelas que crugían bajo el peso de los legajos de viejos documentos.

Cuando Camilloff preguntaba por el resultado de sus investigaciones, le



contestaban satisfactoriamente que se estaban consultando los libros  
santos de La-o-Tsé, o que se iban a explorar viejos  
textos del tiempo de  
Nor-Xa-Chú.

Y para calmar la impaciencia bélica del ruso, el príncipe Tong remitía,  
con estos recados sutiles, algún substancioso presente de confites o  
goma de bambú en caldo de azúcar.

\* \* \* \* \*

Mientras el general trabajaba con fervor para encontrar la familia  
Ti-Chin-Fú, yo iba tejiendo horas de seda y oro (así dice un poeta  
japonés) a los pies pequeñitos de la generala. Había un kiosco en el  
jardín, bajo los sicomoros, que se denominaba, al modo chino, el «Reposo  
discreto»; a un lado un arroyo fresco cantaba dulce mente bajo una  
fuentecilla rústica pintada de color de rosa. Las paredes las formaban  
un enrejado de bambú forrado de seda amarilla; el sol, pasando a través  
de ellas, proyectaba una luz sobrenatural de ópalo claro. En el centro,  
un diván de seda blanca, de una poesía de nube matutina, atraía como un  
lecho nupcial. En los rincones, en preciosos jarrones transparentes de  
la época de Yeng, alzábanse, con su esbeltez aristocrática, lirios  
escarlata del Japón. El suelo estaba todo cubierto de esteras finas de  
Nankín y junto a la ventana enrejada, sobre un airoso pedestal de  
sándalo, veíase abierto un abanico formado de varillas de cristal, que

la brisa, al entrar, hacía vibrar, con modulación melancólica y tierna.

Las montañas de fines de agosto en Pekín, son muy apacibles; ya vaga en el aire una calma otoñal; a esa hora, el consejero Mariskoff y los oficiales de la legación estaban siempre en la cancillería, despachando el correo de San Petersburgo.

Yo, entonces, con el abanico en la mano, pisando sutilmente con la punta de las babuchas de satén las calles enarenadas del jardín, iba a entreabrir la puerta del «Reposo discreto»:

--¿Mimí?

Y la voz de la generala respondía, suave como un beso:

--«All right...»

¡Qué linda estaba vestida de dama china! En sus cabellos levantados albeaban flores raras, y sus cejas parecían más puras y negras avivadas con tinta de Nankín. La camisa de gasa bordada, la túnica de filigrana de oro, plegábase a sus senos pequeñitos y erectos.

Largas y fofas calzas de fulard color «cadera de Ninfa», que le daba una gracia propia de serrallo, descendían sobre los tobillos finos, cubiertos de sedosas medias amarillas. Y apenas tres dedos de mi mano cabían en sus chinelitas.

Llamábase Wladimira; nació al pie de Nid-ji-Nowgorod y fué educada por

una vieja tía que admiraba a Rousseau, leía a Fobla  
s, usaba cabellos  
empolvados, y parecía una basta litografía cosaca d  
e una dama galante de  
Versalles...

El sueño de Wladimira era vivir en París; y mientra  
s hacía hervir  
delicadamente las hojas del té, me rogaba que la co  
ntase historias  
picantes de «cohetes», y me confesaba su culto por  
Dumas, hijo.

Yo le arremangaba la larga manga de la casaca de se  
da de color de hoja  
muerta, y hacía viajar mis labios devotos por la pi  
el fresca de sus  
bellos brazos; y después, sobre el diván, enlazados  
, pecho contra  
pecho, en un éxtasis mudo, sentíamos las maravillas  
de cristal resonar  
eólicamente, las palomas azules arrullarse en los p  
látanos, y el  
fugitivo ritmo del arroyo murmurador...

Nuestros ojos humedecidos encontraban a veces un cu  
adro de satén negro  
por cima del diván, donde en caracteres chinos, se  
desarrollaban  
sentencias del libro sagrado de Li-Nun «sobre los d  
eberes de la esposa».  
Mas ninguno de nosotros entendía el chino... Y en e  
l silencio, nuestros  
besos volvían a comenzar espaciados, sonando dulcem  
ente y comparables  
(en la lengua florida de aquellos países) a perlas  
que caen, una a una,  
sobre una bandeja de plata... ¡Oh, suaves siestas d  
e los jardines de  
Pekín! ¿Dónde estáis ahora? ¿Dónde estáis, hojas mu  
ertas de los lirios  
escarlata del Japón?

\* \* \* \* \*

Una mañana Camilloff entró en la cancillería, donde yo fumaba amigablemente una pipa en compañía de Mariskoff y tirando su enorme sable sobre el canapé, nos contó radiante de alegría, las noticias que le había dado el penetrante príncipe Tong. Descubrióse al fin que un opulento mandarín, llamado Ti-Chin-Fú, vivía en otro tiempo cerca de los confines de la Mongolia, en la villa de Tien-Hó. Había muerto súbitamente; y su descendencia residía allá en la miseria, en una choza vil.

Este descubrimiento, ciertamente, no fué debido a la burocracia imperial; lo hizo un astrólogo del templo de Faguas, que durante veinte noches hojeó en el cielo el luminoso archivo de los astros.

--¡Teodoro, ese mandarín es su hombre!--exclamó Camilloff.

Y Mariskoff repitió, sacudiendo la ceniza de la pipa:

--¡Ese es su hombre, Teodoro!

--¡Mi hombre!--murmuré sombríamente.

¡Era tal vez «mi hombre», sí! Mas no me seducía ir a buscar su familia, en la monotonía de una caravana, por aquellos desolados rincones de la China. Además, desde mi llegada a Pekín, no había vuelto a ver la sombra

odiosa de Ti-Chin-Fú y su cometa en forma de papagayo.

Mi conciencia reposaba como una paloma adormecida. Por lo visto, el esfuerzo supremo de voluntad que tuve que hacer para abandonar las dulzuras del boulevard y de Loreto, y surcar los mares hasta el Celeste Imperio, parecían a la Eterna Equidad una expiación suficiente y una peregrinación reparadora. Y Ti-Chin-Fú, ya calmado, regresaría con su papagayo a la sempiterna inmovilidad.

¿Para qué ir a Tien-Hó? ¿Por qué no quedarme allá en aquel amable Pekín, comiendo nenúfares en caldo de azúcar, abandonándome a la somnolencia amorosa del «Reposo discreto» y yendo por las tardes azuladas a dar mi paseo del brazo del buen Mariskoff, por las terrazas de jaspe de la Purificación o bajo los cedros del Templo del Cielo?

El celoso Camilloff, con el lápiz en la mano, marcó en el mapa un itinerario hacia Tien-Hó. Mostróme en desagradable entrelazamiento, sombras de montes, líneas tortuosas de ríos, dibujos ondulados de lagunas.

--¡Aquí está! Suba usted hasta Ni-ku-hé, en la margen del Pei-Hó. Desde allí en barcos chatos va a My-yun. ¡Buena ciudad! Hay en ella un Buda vivo. Desde allí a caballo, sigue hasta la fortaleza de Ché-hia. Pasa la gran muralla. ¡Famoso espectáculo! Descansa en el fuerte de Ku-pi-hó.

¡Allí puede cazar gacelas!... ¡Soberbias gacelas!..  
. Y en dos días de  
camino llega a Tien-Hó. Brillante itinerario. ¿Cuán  
do quiere partir?  
¿Mañana?

--Mañana--murmuré tristemente.

¡Pobre generala! Aquella noche, mientras Mariskoff,  
en el fondo de las  
salas, jugaba con tres oficiales de la embajada su  
«whist» sacramental,  
y Camilloff, reclinado en el sofá, con los brazos c  
ruzados, solemne como  
en una poltrona del Congreso de Viena, dormía con l  
a boca abierta, ella  
se sentó al piano. Yo, a su lado, en la actitud leg  
endaria de un infante  
de Lara, desesperado por la fatalidad, me retorció  
lúgubrementel el  
bigote. Y la dulce criatura, entre dos gemidos del  
teclado, de una  
sonata penetrante, cantó volviendo hacia mí sus ojo  
s brillantes y  
húmedos:

«L'oiseau s'envole,  
La'bas, la'bas!...  
L'oiseau s'envole...  
Ne revient pas...»

--El ave ha de volver al nido!--musité yo enterneci  
do. Y, afanándome por  
esconder una lágrima, salí murmurando furiosamente:

--¡Canalla de Ti-Chin-Fú! ¡Por tu causa! ¡Viejo mal  
andrín!

Al día siguiente salí para Tien-Hó, acompañado de S  
a-Tó, el respetuoso  
intérprete, una larga fila de carretas, dos cosacos

y todo un pueblo de  
koolíes.

Al dejar la muralla de la ciudad tártara, seguimos  
mucho tiempo  
caminando entre las cercas de los jardines sagrados  
que rodean el templo  
de Confucio.

Era el fin de otoño; ya las hojas estaban amarillas  
; una dulzura suave  
erraba en el aire.

De los kioscos santos salía un susurro de cánticos  
monótonos y tristes.  
Por las terrazas, enormes serpientes veneradas como  
dioses, se iban  
arrastrando, ya entorpecidas por el frío. Y aquí y  
allá, al pasar,  
encontrábamos budistas decrepitos, secos como perga  
minos y nudosos como  
raíces, entrecruzados de piernas en el suelo bajo l  
os sicomoros,  
inmóviles como ídolos, contemplándose incesantement  
e el ombligo en  
espera de la perfección del Nirvana.

Y yo iba pensando con una tristeza tan pálida como  
aquel cielo asiático  
de octubre, en dos lágrimas redonditas que al parti  
r vi brillar en los  
ojos negros de la generala.

## VI

La tarde declinaba y el sol descendía bermejo como  
un escudo de metal  
candente, cuando llegamos a Tien-Hó.

Las negras murallas de la ciudad se alzan al Sur, al pie de un torrente que ruga entre rocas. En la parte de Oriente, la planicie lívida y polvorienta se extiende hasta un grupo obscuro de colonias donde blanquea el amplio edificio de una Misión católica; y más allá, hacia el extremo Norte, se elevan las eternas montañas de la Mongolia, suspensas en el aire como nubes.

Nos alojamos en una fétida barraca titulada: «Hospedería de la Consolación Terrestre». Me fué reservado el cuarto noble, el principal, que se abría sobre una galería formada por estacas. Estaba ornado de dragones de papel recortado, sujetos por cordeles de los travesaños del techo. Al menor soplo de la brisa, aquella legión de monstruos fabulosos oscilan cadenciosamente con un rumor seco de hojarasca, como tomando vida sobrenatural y grotesca.

Antes de que oscureciese, fuí acompañado de Sa-Tó a contemplar la ciudad, mas pronto tuve que regresar sofocado por el hedor repugnante que exhalaban las viviendas. Todo se me figuró ser negro; las chozas, el suelo cenagoso, los canes hambrientos y el populacho abyecto. Regresé a mi albergue, donde arrieros, mongoles y criaturas peioriosas, me miraban con asombro.

--Tiene vuestra merced razón. Es mala ralea. Mas no hay peligro; yo maté, antes de partir, un gallo negro, y la diosa K



aonine debe estar  
contenta. Podéis dormir al abrigo de los malos espí-  
ritus. ¿Quiere,  
vuestra merced, el té?

--Tráelo, Sa-Tó.

Después de bebernos una taza, conversamos largament  
e sobre el vasto  
plan: a la mañana siguiente llevaría la dicha y la  
tranquilidad a la  
triste choza de la viuda de Ti-Chin-Fú, anunciándol  
e los millones que le  
regalaba, millones ya depositados en Pekín. Después  
, de acuerdo con el  
mandarín Gobernador, haríamos una cuantiosa distrib  
ución de arroz al  
pueblo, y por la noche habría danzas e iluminacione  
s, como en una  
solemnidad pública.

--¿Qué te parece, Sa-Tó?

--En los labios de vuestra merced habita la sabidur  
ía de Confucio... ¡Va  
a ser un hermoso espectáculo!

Como venía cansado, bien pronto comencé a bostezar;  
me tendí sobre el  
lecho, envuelto en mis pieles, hice la señal de la  
cruz y me dormí  
pensando en los brazos blancos de la generala y en  
sus ojos verdes de  
sirena.

Sería la media noche, cuando me despertó un rumor l  
ento y sordo que  
envolvía la barraca, como un fuerte viento en una a  
rboleda o una mar  
gruesa batiendo un paredón. Por la galería abierta,  
la luna entraba en  
el cuarto, una luna triste de otoño asiático, dando

a los dragones  
colgados del techo, formas y semejanzas quiméricas.

Me levanté, ya nervioso, cuando una silueta alta e inquieta, apareció a la claridad de la luna.

--¡Soy yo, señor!--murmuró la voz despavorida de Sa-Tó.

Y luego, agachándose a mis pies, me contó en un flujo de palabras roncas su aflicción: mientras yo dormía se esparció por la ciudad el rumor de que un extranjero, el «Diablo extranjero» había llegado con bagajes cargados de tesoros... Ya, desde el comienzo de la noche, él había entrevisto rostros ansiosos, de ojos voraces, rondando la barraca, como chacales impacientes... Y ordenó a los koolíes que atrincherasen la puerta con los carros de los bagajes, formados en semicírculo a la manera tártara.

Mas poco a poco, el tumulto fué creciendo... Ahora acababa de espiar por un postigo, y todo el populacho de Tien-Hó rondaba en torno de la hospedería... ¡La diosa Kaonine no se había satisfecho con la sangre del gallo negro! Además, él recordaba haber visto en la puerta de una pagoda una cabra negra andando hacia atrás. ¡La noche sería terrorífica! ¡Y su pobre mujer, el hueso de su hueso, que estaba tan lejos, allá en Pekín!

--¿Y ahora, Sa-Tó?--le pregunté.

--Ahora... ¡Vuestra señoría!... Ahora...

Callóse, y su figura escuálida temblaba, agazapándose como un perro que se le amenaza con el látigo.

Entonces yo abandoné al cobarde y me adelanté hacia la galería. Abajo, el muro fronterizo, proyectaba una sombra fatídica. Allí se apiñaba una turba negra.

A veces, una figura, rastreando, se adelantaba en el espacio iluminado; espiaba, forcejeaba en las carretas, y al sentir la luz de la luna sobre su cara, retrocedía rápidamente, fundiéndose en la obscuridad; y como el techo del cobertizo era bajo, brillaba un momento algún hierro de lanza inclinado.

--¿Qué queréis, canallas?--rugí en portugués.

A esta voz extranjera, un gruñido salió de las tinieblas; inmediatamente una piedra cayó a mi lado, agujereando el papel encerado de la celosía; después, una flecha pasó silbando cerca de mí, clavándose en un listón.

Descendí rápidamente a la cocina de la hospedería. Mis kaulíes, asustados, batían las mandíbulas de terror; y los dos cosacos que me acompañaban, impasibles, fumaban sus pipas con los sables desnudos puestos sobre las rodillas.

El viejo hostelero de lentes redondos, una vieja andrajosa que yo había

visto en el patio echando al aire una cometa de papel, los arrieros mongoles, las criaturas piojosas, todos desaparecieron. Sólo quedó un viejo bebedor de opio, tumbado en un rincón como un fardo. Fuera se veía la multitud que vociferaba.

Interpelé entonces a Sa-Tó, que casi se desmayaba, apoyado en la pared; nosotros estábamos sin armas, los dos cosacos solos, no podían rechazar el asalto. Era, pues, necesario ir a despintar al Mandarín gobernador, revelar que yo era amigo de Camilloff, un convido del Príncipe Tong, e intimarle a que acudiera a dispersar las turbas y mantener la ley santa de la hospitalidad.

Mas Sa-Tó me contestó con voz débil como un soplo, que el gobernador, seguramente, era el que estaba dirigiendo el asalto. Desde las autoridades hasta los mendigos, la fama de mis riquezas, la leyenda de las carretas cargadas de oro, inflamó todos los apetitos. La prudencia ordenaba, como un mandamiento santo, que abandonásemos parte de los tesoros, las mulas y las cajas de comestibles.

--¿Y vamos a quedarnos aquí, en esta aldea maldita, sin camisas, sin dinero y sin comida?

--¡Mas con la rica vida, vuestra señoría!

Cedí y ordené a Sa-Tó que fuese a proponer a la turba una copiosa distribución de oro, si ella consentía en regresar a sus casas y

respetar en nosotros a los huéspedes enviados por Buda.

Sa-Tó subió a la escalera de la galería, todo tembloroso, y empezó a arengar a la multitud, braceando, lanzando las palabras con la violencia de un can que ladra. Yo había abierto la maleta y le iba entregando sacos de monedas, que él arrojaba a puñados sobre la multitud con ademán de sembrador... Abajo, a cada lluvia de metales resonaba un tumulto furioso; después, un lento suspiro de gula satisfecha; y luego, el silencio, la suspensión del que espera más.

--Más--murmuraba ansiosamente Sa-Tó, volviéndose hacia mí.

Yo, indignado, le daba nuevos cartuchos, pilas de monedas de medio real envueltas en papel. Ya estaba vacía la maleta... La turba continuaba rugiendo insaciable.

--Más ¡vuestra señoría!--suplicó Sa-Tó.

--¡No tengo más, criatura! ¡El resto está en Pekín!

--¡Oh, Buda santo! ¡Perdidos! ¡Perdidos!--exclamó Sa-Tó, doblando las rodillas.

El populacho, callado, esperaba aún. De repente, una exhalación salvaje rasgó el aire. Y yo sentí aquella masa ávida, arremeter sobre las carretas que defendían la puerta, formadas en semicírculo. Al choque todo el maderamen de la «Hospedería de la Consolación

ón Terrestre», crugió  
y osciló.

Corrí a la baranda. Abajo bullía un tropel desesperado en torno de los carros derribados. Los machetes relucían al caer sobre la tapa de los cajones; el cuero de las maletas abríase rasgado por innumerables puñales, y bajo el cobertizo los dos cosacos batíanse como héroes. A la luz de la luna, veía alrededor del barracón agitar teas. Un alarido ronco elevábase, haciendo a lo lejos aullar a los perros; y de todas las viviendas desembocaba y corría el populacho, hombres ligeros armados de chuzos y hoces curvas.

Súbitamente, oí el tumulto de las turbas que asaltaban la galería, buscándome sin duda, creyendo que yo guardaría el mejor de los tesoros, piedras preciosas, joyas. El terror me enloqueció. Corrí a la gradería de bambú que daba al patio. Rompí la valla, y penetré en la cuadra. Mi caballo, preso en las tinieblas relinchaba, tirando furiosamente del cabestro. Salté sobre él, sujetándole por las crines.

En este momento, por el postigo de la cocina que había saltado en astillas, penetró una horda armada de linternas, lanzas, clamando delirante. El caballo, espantado, saltó la valla; una flecha silba a mi lado; después, una piedra me da en el hombro, otra en los riñones, otra hace blanco en el anca del animal, y otra más gruesa, me rasga la oreja.

Agarrado desesperadamente a las crines, arqueado, con la sangre goteando de la oreja, galopé en una carrera furiosa, a lo largo de una calle negra. De repente veo delante de mí la muralla, un bastión, la puerta de la ciudad cerrada.

Entonces, alucinado, sintiendo detrás de mí rugir la turba, abandonado de todo socorro humano, me acordé de Dios. Creí en él, gritándole que me salvase: y mi espíritu iba tumultuosamente recordando, para ofrecerle fragmentos de oraciones, de «Salves, Cremos», que yacían en el fondo de mi memoria. Tras una esquina, a lo lejos, surgió una humareda de teas; era la turba. Loco de espanto, apreté los talones a los ijares del animal y corrí a lo largo de la muralla que se extendía como una vasta cinta negra furiosamente desenrollada. De repente vi una brecha, un boquete erizado de espinas y zarazas, y fuera la planicie que bajo la luna tenía la apariencia de una gran charca de agua dormida. Lancéme hacia allá, sacudiendo con los talones los ijares del potro, y galopé mucho tiempo por el descampado.

De repente, el caballo y yo rodamos en un surco blando. Era una laguna; mi boca se llenó de agua pútrida, y mis pies se enredaron en las fofas raíces de los nenúfares. Cuando me levanté vi al caballo corriendo muy lejos, como una sombra, con los estribos al viento.

Entonces comencé a caminar por aquella soledad, ent

errándome en el fango  
y cortando a través de matorrales encharcados. La s  
angre de la oreja  
caía sobre mi hombro; la ropa enlodada se me pegaba  
a la piel, y a veces  
en la sombra, me pareció ver brillar ojos de fieras  
.

Más lejos, encontré un cercado de piedras sueltas d  
onde yacían, bajo  
unos arbustos, infinidad de cajas amarillas que los  
chinos abandonan  
sobre la tierra y donde se pudren los cadáveres. Me  
senté sobre una caja  
postrado de fatiga; mas un olor abominable flotaba  
en el aire, y al  
apoyarme sentí la sensación de un líquido viscoso q  
ue escurría por las  
hendiduras de las tablas.

Quise huir. Mas las piernas, temblando, se negaron.  
Los árboles, las  
rocas, las hierbas altas, todo el horizonte comenzó  
a girar en torno mío  
como un disco muy rápido. Resplandores sanguíneos v  
ibraban delante de  
mis ojos, y me sentí caído desde muy alto, divagand  
o a la manera de una  
pluma que desciende. Cuando recobré el conocimiento  
estaba sentado sobre  
un banco de piedra, en el banco de un enorme edific  
io semejante a un  
convento, que el más grave silencio envolvía. Dos p  
adres lazaristas  
lavaban cuidadosamente mi oreja. Un aire fresco cir  
culaba; la garrucha  
de un pozo chirriaba lentamente, y una campana toca  
ba a maitines.  
Levanté los ojos y ví una fachada blanca con ventan  
illas enrejadas y una  
cruz en lo alto, y entonces, al contemplar en aquel  
la paz de claustro



católico como un rincón de la patria recuperada, el abrigo y la consolación, de mis párpados cansados rodaron dos lágrimas mudas.

## VII

Aquella mañana, dos lazaristas que se dirigían a Ti en-Hó, me habían encontrado desmayado en el camino. Y como dijo el alegre padre Loriot, «era ya tiempo»; porque alrededor de mi cuerpo inmóvil revoloteaba un negro semicírculo de esos enormes cuervos de Tartaria, contemplándome con gula.

Me trajeron al convento en unas parihuelas, y fué grande el regocijo de la comunidad cuando supo que yo era latino, cristiano y súbdito de los «Reyes Fidelísimos». El convento forma allí el centro de un pequeño pueblo católico, apiñado en torno de la maciza residencia como un caserío de siervos, al pie de un castillo feudal. Existe desde los primeros misioneros que recorrieron toda la Mandchuria. Porque nos hallábamos en los confines de la China. Más allá está la Mongolia, la «Tierra de las hierbas», inmenso prado verde obscuro, bordado de flores silvestres. Allí se extendía la inmensa planicie de los nómadas. Desde mi ventana veía negrear los círculos de las tiendas cubiertas de fieltro o de pieles de carnero; y a veces asistía a la part

ida de una tribu, que  
en filas de largas caravanas llevaba sus rebaños ha  
cia Oeste.

El superior de los lazaristas era el excelente padr  
e Julio.

Su larga permanencia entre las razas amarillas lo h  
abían tornado casi en  
un chino. Cuando yo le encontraba en el claustro co  
n su túnica roja, la  
larga coleta y sus venerables barbas, agitando dulc  
emente un enorme  
abanico, me parecía algún sabio letrado Mandarín co  
mentando mentalmente,  
en la paz de un templo, el Libro sacro de Chú. Era  
un santo; mas olía a  
ajo, y este olor apartaba de él a las almas más dol  
oridas y necesitadas  
de consuelo.

¡Conservo suave memoria de los días allí pasados! m  
i cuarto, encalado de  
blanco, con una cruz negra, tenía un recogimiento d  
e celda. Me  
despertaba siempre al toque de maitines. Por respet  
o a los viejos  
misioneros, oía misa en la capilla; y me enterneecía  
allí, tan lejos de  
la patria católica, ver a la clara luz de la mañana  
la casulla del padre  
con su cruz bordada, inclinarse delante del altar y  
sentir sisear en el  
silencio fosco del santo recinto los «Dominus vobis  
cum» y los «Et cum  
espíritu tuo».

Por la tarde iba a la escuela a admirar a los niños  
chinos, declinando  
once horas seguidas. Y, después del refectorio, pas  
eando por el  
claustro, escuchaba historias de lejanas misiones a

postólicas, en el  
«País de las hierbas», las prisiones soportadas, la  
s marchas, los  
peligros, en fin, todas las crónicas heroicas de la  
Fe.

Yo no conté en el convento mis aventuras fantástica  
si dije que era un  
«tourista» curioso que recorría, tomando apuntes, e  
l mundo entero. Y  
esperando que mi oreja cicatrizase me abandonaba en  
una dulce laxitud de  
alma, a aquella paz del monasterio.

Mas estaba decidido a dejar bien pronto la China; e  
se Imperio bárbaro  
que ahora odiaba terriblemente. Cuando me ponía a p  
ensar que había  
venido de los confines de occidente, para traer a u  
na provincia china la  
abundancia de mis millones, y que, apenas llegué, f  
uí saqueado y  
apedreado, me agitaba un rencor sordo y pasaba hora  
s enteras en mi  
cuarto, meditando venganzas horribles.

Retirarme con mis millones era lo más práctico y fá  
cil.

Además, mi idea de resucitar, para bien de la China  
, la personalidad de  
Ti-Chin-Fú, me parecía ahora un absurdo, una insens  
atez de sueño.

Yo no comprendía las lenguas ni las costumbres, ni  
las leyes, ni los  
sabios de aquella raza ¿qué iba a hacer allí, sino  
exponerme por el  
aparato de mi riqueza, a los asaltos de un pueblo q  
ue hace cuarenta y  
tantos siglos que es pirata en los mares y bandido  
en la tierra?

Ti-Chin-Fú y su cometa continuaban invisibles, remontados ciertamente al Cielo Chino de los abuelos, y ya el aplazamiento del remordimiento visible hacía olvidarse el deseo de la expiación.

Sin duda el viejo letrado estaba fatigado de dejar sus regiones inefables para venir a reclinarse en mis muebles. Vería mis esfuerzos, mi deseo de ser útil a su prole, a su provincia y a su raza, y satisfecho, se acomodaría lo mejor posible para la eterna siesta. ¡Ya, nunca más vería su panza amarilla!

Y entonces me mordía el apetito de marchar, ya libre y tranquilo a gozar la alegría de mi oro, al Loreto o los boulevares, sorbiendo la miel de las flores de la civilización.

Mas la viuda de Ti-Chin-Fú, las mimosas señoras de su descendencia, los nietos pequeñitos... ¿los dejaría bárbaramente morir de hambre y frío en las negras viviendas de Tien-Hó? No. Esos no eran culpables de las pedradas que me tiró el populacho. Y yo, cristiano, aislado en un templo católico, teniendo a la cabecera de mi cama el Evangelio, cercado de existencias que eran encarnaciones de la Caridad, no podía partir del Imperio sin restituir a aquellos a quienes despojar a, la abundancia y las comodidades honestas que recomendaba el clásico de la Piedad Filial.

Entonces escribí a Camilloff. Le contaba mi abyecta

fuga, bajo las  
piedras del populacho; el albergue cristiano que me  
dieron en la Misión,  
y mi ferviente deseo de partir del Imperio Celeste.  
Le pedía que  
remitiese a la mujer de Ti-Chin-Fú los millones dep  
ositados por mí en  
casa del mercader Tsing-Fó, en la avenida de Cha-Co  
na, al lado del arco  
triunfal de Tong, junto al templo de la diosa Kaoni  
ne.

El alegre padre Lorient, que iba en misión a Pekín,  
llevó esta carta que  
yo lacré con el sello del convento: una cruz salien  
do de un corazón  
inflamado.

Los días pasaban. Las primeras nieves albearon en l  
as montañas  
septentrionales de la Mandchuria, y yo me ocupaba e  
n cazar gacelas en el  
«País de las Hierbas». Horas enérgicas y fuertement  
e vividas las de esas  
mañanas, cuando yo marchaba, con el aire agreste y  
sano entre monteros  
mongólicos, que, con un grito ondulado y vibrante,  
ojeaban los  
matorrales con sus lanzas. A veces una gacela salta  
ba, y con las orejas  
bajas, estiradas y finas, partía en el filo del vie  
nto. Soltábamos el  
halcón que volaba sobre ella con las alas serenas,  
dándole a espacios  
regulares, con toda la fuerza de su pico curvo, pic  
otazos en el cráneo.  
Y la íbamos a encontrar, por fin, a la orilla de al  
gún charco infecto,  
cubierto de nenúfares. Entonces, los perros negros  
de Tartaria  
arrojábansele sobre el vientre, y, con las patas en  
tre sangre, y con los

afilados colmillos le iban descubriendo las entrañas.

Una mañana, el lego de la portería avistó al alegre padre Lorient, trepando por el camino ingente del Purgatorio, con su mochila al hombro y una criatura en los brazos; la había encontrado abandonada, desnudita, muriéndose a la orilla desolada de un camino. La bautizó después en un arroyo con el nombre de Bienhallado, y allí la traía a, enterneciendo, apretando el paso, para darle pronto buena leche de las cabras del convento.

Después de abrazar a los religiosos y enjugarse esas gotas de sudor, sacó de los bolsillos del pantalón un sobre con el sello del águila rusa.

--Esto es lo que le manda el general Camilloff, amigo Teodoro. Está bueno, y la señora también... ¡Todos fuertes!

Corrí a un rincón del claustro a leer los dos pliegucillos. La carta decía así:

«Amigo, huésped y estimado Teodoro: A las primeras líneas de su carta quedamos consternados. Mas luego las siguientes nos llenaron de alegría, al saber que estaba con esos santos padres de la misión cristiana.

»Yo fui al Yamen Imperial a hacer una severa reclamación al príncipe Tong, sobre el escándalo de Tien-Hó.

»Su excelencia mostró un júbilo desordenado. Porque aunque lamenta como particular la ofensa, el robo y las pedradas que mi huésped sufrió, como ministro del Imperio, ve ahí una dulce oportunidad para exigir a la ciudad de Tien-Hó, en concepto de indemnización, y en castigo de la injuria hecha a un extranjero, la importante suma de trescientos mil francos. Es, como dice Mariskoff, un excelente resultado para el Erario imperial y queda así vuestra oreja suficientemente vengada. Aquí, comienzan a picar los primeros fríos y ya estamos usando pieles. El buen Mariskoff sufre ahora del hígado, pero el dolor no altera su criterio filosófico ni su sabia verbosidad.

»Tuvimos un grave disgusto: el lindo perrito de la buena señora Tagarief, la esposa de nuestro querido secretario, el adorable «Tú-Tú» desapareció en la mañana del quince. Hizo la policía averiguaciones urgentes, mas «Tú-Tú» no ha parecido, y nuestro sentimiento es mayor cuanto es sabido que el populacho de Pekín aprecia extraordinariamente estos perritos, guisados en caldo de azúcar. Ha ocurrido un hecho abominable y de funestas consecuencias; la embajadora de Francia, esa petulante madame Gujón, ese gallo enjuto (como la llama Mariskoff), en la última comida de la legación, dió, despreciando todas las reglas internacionales, el brazo, su descarnado brazo, y su derecha en la mesa, a un súbdito inglés, Lord Gordon. ¿Qué me dice usted de esto? ¿Es

creíble? ¿Es razonable? ¡Eso es destruir el orden social! ¡El brazo y la derecha en la mesa a un súbdito, a un escocés de color de piedra, un mono, cuando estaban presentes todos los embajadores, los ministros y yo!

»Esto ha causado en el cuerpo diplomático, una sensación inenarrable. Esperamos instrucciones de nuestros gobiernos. Como dice Mariskoff, moviendo tristemente la cabeza, el asunto es grave--¡muy grave!--Lo que prueba (y ninguno lo duda) es que lord Gordon es el Benjamín del «Gallo enjuto». ¡Qué asco! ¡qué podredumbre!... La general a no está buena, desde que usted partió para esa maldita Tien-Hó; el doctor Pagloff no atina con el mal; es una languidez, un marchitamiento, una perenne indolencia que la tiene horas enteras inmóvil sobre el sofá, en el «Pabellón del Reposo discreto», con la mirada vaga y la boca llena de suspiros.

»Yo no me desespero; sé perfectamente el mal que la mina, es una afección a la vejiga que contrajo, a consecuencia de las malas aguas, durante nuestra estancia en Madrid... ¡Hágase la voluntad del Señor! Ella me pide que le salude en su nombre, y desea que cuando llegue usted a París, si va a París, le remita por el correo de la Embajada para San Petersburgo (de allí vendrá a Pekín) dos docenas de guantes de doce botones, número «cinco y tres cuartos», de la marca «Sol», de los



almacenes del Louvre; así como las últimas novelas de Zola;  
«Mademoiselle de Maupín», de Gautier, y una caja de frascos de  
«Opoponex».

»Me olvidaba decirle que nos hemos mudado de alojamiento; dejamos la Embajada francesa para no tener relaciones con el «Gallo enjuto», y vivimos ahora en el Palacio de la Legación de Inglaterra. Estos son los inconvenientes de no tener la Embajada rusa palacio de su propiedad, a pesar de tantas reclamaciones como sobre este asunto tengo hechas a la cancillería de San Petersburgo.

»Allí saben perfectamente que en Pekín no hay palacios; que cada legación tiene el suyo propio, como importante elemento de instalación y de influencia. ¡Mas en la corte del Czar se desatienden los más serios intereses de la civilización rusa! Todo lo dicho es lo único nuevo que acontece en Pekín y en las legaciones. Recuerdos de Mariskoff, y todos los de esta Embajada, y también del condesito Arturo, el Zizí de la legación española, en fin, de todos; y yo, muy afectuosamente, le envío el testimonio de mi amistad.

GENERAL CAM

ILLOFF.»

»P.S.--En cuanto a la viuda y familia de Ti-Chin-Fú hubo un engaño; el astrólogo del templo de Jagua se equivocó en su interpretación sideral; no es realmente en Tien-Hó donde reside esa familia

. Es al Sur de la China, en la provincia de Cantón. Mas también hay una familia Ti-Chin-Fú más allá de la gran Muralla, casi en la frontera rusa, en el distrito de Ka-ó-li. Ambas perdieron el jefe y ambas están en la miseria. Por lo tanto, esperando sus nuevas órdenes, no retiré el dinero de casa de Tsing-Fó. Esta reciente información me la envió hoy su excelencia el príncipe Tong, con un delicioso tarro de compota de exquisitos almíbares.

»Debo anunciarle que nuestro buen Sa-Tó apareció hace días de regreso de Tien-Hó, con el labio partido y leves contusiones en el hombro, habiendo salvado solamente del saqueo una litografía de Nuestra Señora de los Dolores, que por la dedicatoria manuscrita veo que perteneció a vuestra respetable mamá.

»Mis valientes cosacos se quedaron allá en un pozo de sangre. Su excelencia el príncipe Tong me ha ofrecido pagar por cada uno diez mil francos, tomados de la suma que, en concepto de indemnización ha impuesto a la ciudad de Tien-Hó.

»Sa-Tó me dice que si usted, como es natural, vuelve a empezar sus viajes a través de la China en busca de la familia Ti-Chin-Fú, él se considera honrado y venturoso en acompañarle, con una fidelidad de perro y una docilidad de cosaco.

CAMILLOFF.»

--¡No! ¡Nunca!--rugí con furor, estrujando la carta  
y monologando a  
largos pasos por el claustro.--¡No, por Dios o por  
el demonio! ¿Ir de  
nuevo a recorrer los caminos de la China? ¡Jamás! ¡  
Oh, suerte grotesca  
y desastrosa! ¡Dejé mi regalada vida del Loreto, mi  
nido amoroso de  
París, vengo volando como un tordo desde Marsella a  
Shang-Hai, sufro las  
pulgas de las habitaciones chinas, el hedor de las  
casas, la polvoreda  
de los caminos áridos ¿para qué? Tenía un plan que  
se levantaba hasta  
los cielos, grandioso y ornamentado como un trofeo;  
en él brillaban de  
alto abajo, toda suerte de acciones buenas, y he aquí,  
que de pronto lo  
veo caer al suelo, pieza tras pieza, convertido en  
furia!

Quería dar mi nombre, mis millones, y la mitad de mi  
lecho de oro a una  
señora de la familia de Ti-Chin-Fú, y no me lo permiten  
los prejuicios  
sociales de una raza bárbara. Pretendo, con el botón  
de cristal del  
Mandarín, reconstituir los destinos de China, traer  
le nuevas  
prosperidades, y me lo veda la ley imperial. Aspiro  
a conceder una  
limosna sin fin a este populacho hambriento, y corro  
el peligro de ser  
decapitado como instigador de rebeliones. Vengo a  
ocurrir a un pueblo y  
la turba amotinada me apedrea. Iba, en fin, a brindar  
el reposo, la  
comodidad que alababa Confucio, a la familia Ti-Chin-Fú,  
y esa familia  
evapórase como el humo, y otras familias surgen aquí

í y allá vagamente,  
al Sur y al Oeste, como claridades engañosas.

¿Y tenía que ir a Cantón, a Ka-ó-lí, a exponer otra  
oreja a las piedras  
brutales, huir aún por caminos descampados, agarrad  
o a las crines de un  
potro? ¡Jamás!

Me paré, y con los brazos en alto, hablando a las a  
rcadas del claustro,  
a los árboles, al aire silencioso y frío que me env  
olvía:

--¡Ti-Chin-Fú--bramé,--Ti-Chin-Fú, para aplacarte h  
ice todo lo que era  
racional, generoso y lógico! ¿Estás, en fin, satisf  
echo, letrado  
venerable, tú, tu papagayo gentil, y tu panza artif  
icial? ¡Háblame!  
¡Háblame!

Escuché, miré: la garrucha del pozo, en aquella hor  
a del mediodía,  
chirriaba dulcemente en el patio; sobre las moreras  
, a lo lejos de las  
arcadas, se secaban sobre papel de seda las hojas d  
e té de la cosecha de  
octubre; de las puertas medio cerradas del aula ven  
ía un susurro lento  
de declinaciones latinas.

Reinaba una paz severa, producto de la simplicidad  
de las ocupaciones o  
de la austeridad de los estudios y el aire pastoril  
de aquella colina,  
donde dormía bajo un sol blanco de invierno, el pue  
blo religioso. Y en  
aquel sereno ambiente, me pareció que descendía a m  
i alma, de repente,  
una paz absoluta.

Encendí con los dedos aún trémulos un cigarro, y dije, limpiándome una gota de sudor que corría por mi frente, estas palabras, resumen de mi destino:

--Bien, Ti-Chin-Fú está contento.

Fuí luego a la celda del excelente padre Julio; leí a su breviario cerca de la ventana, saboreando confites de azúcar, con el gato del convento sobre el hombro.

--Reverendísimo padre, me vuelvo a Europa. ¿Alguno de vuestros compañeros va acaso en misión hacia Shang-Hai?

El venerable superior se caló los lentes, y hojeando un ámplio registro en letra china, murmuró así:

--Quinto día de la décima luna. Sí, el padre Anacleto va a Tien-Tsin, a hacer una novena. Duodécima luna, el padre Sánchez para Tien-Tsin también, a explicar el catecismo a los huérfanos. Sí, tendrá compañía hasta Leste.

--¿Mañana?

--Mañana. Es dolorosa la separación en estos confines del mundo, cuando las almas se comprenden bien en Jesús. El padre Gutiérrez le arreglará una buena fiambarrera. Nosotros ya le amábamos como a un hermano, mi querido Teodoro. Coma un confite, son deliciosos. Las cosas están en feliz reposo, cuando se hallan en su lugar natural; el lugar del corazón

humano es el corazón de Dios, y el suyo está en este asilo seguro. Come otro confite. ¿Qué es eso, hijo mío, qué es eso?

Yo estaba colocando sobre el breviario abierto, en una página del Evangelio de la pobreza, un fajo de billetes del «Banco de Inglaterra», y balbuceé:

--Un recuerdo para sus pobres...

--Excelente, excelente... Nuestro buen padre Gutiérrez le preparará una fiambra superior... «Amén», hijo mío. «In Deo omnia spes...»

\* \* \* \* \*

Al día siguiente, montado en una mula blanca del convento y acompañado del padre Anacleto y el padre Sánchez, descendí del convento al repique de las campanas. Y allá vamos, hacia Hiang-Hiano, villa negra y amurallada, donde atracan los barcos que descienden de Tien-Tsin.

Ya las tierras a lo largo del Pei-Hó estaban todas blancas de nieve; en las ensenadas bajas el agua empezaba ya a helarse, y envuelto en pieles de carnero, alrededor de las hogueras, en la popa del barco, los buenos padres y yo íbamos conversando de los trabajos de los misioneros, de las cosas de la China, y a veces de las cosas del cielo, mientras corría de mano en mano el frasco de ginebra.

En Tien-Tsin, me separé de aquellos santos camaradas.

Y después de dos semanas, en un día de sol, me paseaba fumando un cigarro y mirando las luchas de perros en el puerto de Hong-Kong, sobre la cubierta del «Java»; que iba a llevar anclas con rumbo a Europa.

Fué un momento conmovedor para mí, aquel en que a las primeras vueltas de la hélice, vi alejarme de la tierra de China.

Desde que desperté, durante aquella mañana, una inquietud sorda comenzaba de nuevo a invadir mi alma. Ahora pensaba en que había ido a aquel vasto imperio a calmar por la expiación una protesta temerosa de la conciencia, y por fin, impelido por una impaciencia nerviosa, partía, sin haber hecho más que deshonar los bigotes blancos de un general heróico y haber recibido una pedrada en la oreja en una ciudad de los confines de la Mongolia.

--¡Extraño destino el mío!

Hasta el anochecer estuve recostado sombríamente en la borda del buque, viendo el mar liso como una vasta pieza de seda azul, doblarse a los lados en pliegues suaves; poco a poco grandes estrellas palpitaron en la concavidad negra, y la hélice en la sombra iba trabajando rítmicamente. Me paseé errante por la cubierta, mirando aquí y allí la brújula iluminada, los montones de cabrestantes, las piezas de la máquina envueltas en una claridad ardiente, golpeando con cadencia; la humareda

negra que se elevaba de las chimeneas ennegreciendo  
el firmamento; los  
marineros de barba rubia inmóviles en sus puestos,  
y las figuras de los  
pilotos sobre el puntal, altas y sombrías en la noche. En el camarote  
del capitán, un inglés, con blanco casco a la cabeza, rodeado de damas  
que bebían cognac, tocaba melancólicamente en la flauta el aria de  
«Bonnie Dundée».

Eran las once cuando bajé a mi cámara. Las luces ya  
estaban apagadas;  
mas la luna, que se erguía al nivel del agua, redonda y blanca, hería  
los cristales del camarote con un rayo de claridad,  
y entonces, medio  
oculta y pálida, ví rígida sobre la hamaca la figura  
panzuda del  
Mandarín, vestido de seda amarilla con su papagayo  
entre las manos.

¡Era él otra vez!

Y fué él perpetuamente. Fué él en Singapore y en Ceilán. Fué él en los  
arsenales del desierto, cuando pasamos por el Canal  
de Suez;  
adelantándose en la proa de un barco mercante, cuando entramos en Malta,  
resbalando sobre las rosadas montañas de Sicilia y  
emergiendo de los  
mares que cercan el Peñón de Gibraltar. Cuando desembarqué en Lisboa, su  
obesa figura llenaba todo el arco de la calle Augusta, y sus ojos  
oblícuos y los dos ojos pintados de su cometa en figura de papagayo,  
parecían fijos en mí.



## VIII

Entonces, teniendo la certeza de que nunca podría a  
placar a Ti-Chin-Fú,  
pasé toda la noche en mi cuarto del Loreto, donde,  
como en otro tiempo,  
las velas que ardían en los bruñidos candelabros de  
plata daban a los  
rojos damascos tonos de sangre fresca, medité despo  
jarme, como de un  
adorno de pecado, de aquellos millones sobrenatural  
es.

¡Y así me libraría tal vez de aquella panza amarill  
a, y de aquella  
cometa abominable!

Abandoné el palacio del Loreto, y con él mi existen  
cia de Nabab.

Regresé a mi habitación de la casa de la viuda de M  
arques, y volví a la  
oficina a implorar mis veinticinco duros mensuales  
y mi dulce pluma de  
amanuense.

Mas un sufrimiento mayor vino a amargar mis días. J  
uzgándome arruinado,  
todos aquéllos que mi opulencia humilló, cubriéronm  
e de ofensas. Los  
periódicos, con triunfal ironía, publicaron mi mise  
ria. La aristocracia,  
que balbuceaba adulaciones, inclinada a mis pies de  
Nabab, ordenaba  
ahora a sus cocheros que atropellasen en las calles  
el cuerpo encogido  
del escribiente de secretaría.

El clero, a quien yo había enriquecido, me acusaba

de hechicero, el pueblo me apedreaba, y la viuda de Marques, cuando me quejaba de la dureza granítica de los garbanzos, poníase en jarra s y gritaba:

--¿Qué quiere usted más? ¡Aguantarse! ¡Valiente perdulario!

Y a pesar de esta expiación, el viejo Ti-Chin-Fú, estaba siempre a mi lado porque sus millones que yacían ahora intactos en los Bancos, eran, desgraciadamente, míos.

Entonces, indignado, volví a mi palacio y a mi vida de lujo. Aquella noche, de nuevo el resplandor de mis ventanas alumb ró el Loreto, y por el portón abierto viéronse, como en otro tiempo, ne grear con sus calzones de seda, las largas filas de lacayos decor ativos.

Luego, Lisboa, sin excepción, se arrojó a mis pies. La viuda de Marques me llamó llorando: «hijo de mi corazón.»

Los periódicos me otorgaron los calificativos que, según la tradición, pertenecen a los dioses. ¡Fuí el omnipotente, el omnisciente! La aristocracia me besó los pies como a un tirano y el clero me incensó como a un viejo ídolo. Y mi desprecio por la humanidad fué tan grande, que se extendió hasta el mismo Dios que la creó.

Desde entonces, una saciedad enervante me mantuvo durante semanas enteras tendido en un sofá, mudo y terrible, pensando en la felicidad

del «no ser...»

Una noche, regresando solo por una calle desierta,  
vi delante de mí al  
personaje vestido de negro, con el paraguas debajo  
del brazo, el mismo  
que en mi cuarto tranquilo y feliz de la travesía d  
e la Concepción, me  
hiciera a un «tilín-tín» de campanilla, heredar tan  
tos despreciables  
millones. Corrí hacia él; le agarré por la solapa d  
es su levita  
burguesa, gritándole:

--¡Líbrame de mis riquezas! ¡Resucita al Mandarín!  
¡Devuélveme la paz de  
la miseria!

El, pasó gravemente su paraguas debajo del otro bra  
zo, y respondió con  
bondad:

--¡No puede ser, mi apreciable señor, no puede ser!

Yo me arrojé a sus pies haciéndole una súplica abye  
cta, mas sólo ví  
delante de mí, bajo la luz mortecina de un reverber  
o de gas, la forma  
escuálida de un perro hambriento hociqueando en el  
lodo.

Nunca he vuelto a encontrar a tal individuo. Y ahor  
a, el mundo me parece  
un inmenso montón de ruinas donde mi alma solitaria  
, como un desterrado  
que vaga por entre columnas caídas, gime continuame  
nte.

Las flores de mis aposentos se marchitan y nadie la  
s renueva; la luz me  
parece una antorcha fúnebre, y cuando mis amadas vi

enen envueltas en la  
blancura de sus peinadores a acostarse en mi lecho,  
lloro, como si viera  
la legión amortajada de mis alegrías muertas.

Me siento morir. Tengo ya hecho mi testamento. En él  
le lego mis millones  
al Diablo, le pertenecen; él que los reclame y los  
reparta.

Y a vosotros, hombres, os lego solamente estas pala  
bras sin comentario:  
«¡Sólo sabe bien el pan que diariamente ganan nuest  
ras manos; nunca  
matéis al Mandarín!»

Y, todavía al morir, me consuela prodigiosamente es  
ta idea: que de Norte  
a Sur, de Oeste a Este, desde la Gran Muralla de Ta  
rtaria hasta las  
ondas del mar Amarillo; en todo el vasto imperio de  
la China, ningún  
mandarín quedaría vivo, si tú, tan fácilmente como  
yo, lo pudieras  
suprimir y heredar sus millones, ¡oh, lector! criat  
ura improvisada por  
Dios, obra mala de mala arcilla, mi semejante, y mi  
hermano.

FIN

Páginas Selectas de Eça de Queiroz

(Del Epistolario de Fradique Mendes)

A CLARA...

( \_Trad.\_ )

Mi adorada amiga:

No fué en la exposición de Acuarelistas, en marzo, donde tuvo conmigo el primer encuentro por decreto de los Hados. Fué en invierno, mi adorada amiga, en el baile de los Tressans. Fué allí donde la vi, conversando con Md. Jouarre, junto a una consola, cuyas luces, entre los ramos de orquídeas, orlaban sus cabellos de aquel nimbo áureo que tan justamente le pertenece como «reina de la gracia entre las mujeres». Recuerdo aún su sonreír cansado, el vestido negro con adornos de color de oro, el abanico antiguo que tenía sobre el regazo. Pasé; pero luego todo me pareció alrededor feo y enfadoso, y volví a admirar, a «meditar» en silencio, su belleza, que me atraía por su esplendor potente y comprensible y también por no sé qué de fino y espiritual, de doliente y de afable, que brillaba y venía del alma. Y tan intensamente me embebí en mi contemplación, que me llevé conmigo su imagen hermosa y entera, sin faltar un hilo de sus cabellos ni una ondulación de la seda que vestía su cuerpo y corrí a encerrarme con ella, alborozado, como el artista que en alguna obscura tienda, entre polvo y trastos, descubriese la Obra sublime de un Maestro perfecto.

Y ¿por qué no confesarlo? Esa imagen fue para mí al principio, meramente

un Cuadro colgado en el fondo de mi alma, que yo a cada momento miraba para alabar, con creciente sorpresa, los encantos diversos de Línea y de Color. Era solamente una tela rara, puesta en un sagrario, inmóvil y muda en su brillo, sin otro influjo sobre mí que el de una forma muy bella que cautiva un gusto muy educado. Mi sér continuaba libre, atento a las curiosidades que hasta entonces lo solicitaban; y sólo cuando sentía el cansancio de las cosas imperfectas o el deseo nuevo de una ocupación más pura, regresaba a la Imagen que en mí guardaba como un Fra Angélico en su claustro, dejando los pinceles al concluir el día, de hinojos ante la Madona para implorar de ella descanso e inspiración superior.

Poco a poco, sin embargo, todo lo que no fuese esta contemplación perdió para mí valor y encanto. Comencé a vivir cada día más recluso en el fondo de mi alma, perdido en la admiración de la imagen que en ella brillaba, hasta que sólo esta ocupación me pareció digna de la vida, y en el mundo todo no reconocí más que una apariencia inconstante y fui como un monje en su celda, ajeno a las cosas más reales, de rodillas y rígido en su sueño, que es para él la única realidad.

Mas no era el mío, mi adorada amiga, un pálido y pasivo éxtasis delante de su Imagen. ¡No! Era más bien un ansioso y fuerte estudio de ella, con el que yo procuraba conocer, a través de la Forma,

la Esencia y (pues  
que la Belleza es el esplendor de la Verdad) deduci  
r de las  
perfecciones de su cuerpo las superioridades de su  
alma. Y así fué cómo  
lentamente sorprendí el secreto de su naturaleza; s  
u clara frente que el  
cabello descubre, tan clara y despejada, luego me c  
ontó la rectitud de  
su pensar; su sonrisa, de una nobleza tan intelectu  
al, fácilmente me  
reveló su desdén hacia lo mundano y lo efímero y su  
incansable  
aspiración hacia un vivir de verdad y de belleza; c  
ada gracia de sus  
movimientos me tradujo una delicadeza de su gusto;  
y en sus ojos  
diferencié lo que en ellos tan adorablemente se con  
funde, luz de razón,  
calor de corazón, la luz que mejor calienta la lumb  
re que más  
ilumina... La certeza de tantas perfecciones bastab  
a ya para hacer  
doblar, en una adoración perpetua, las rodillas más  
rebeldes. Pero  
sucedió también que al paso que la comprendía y que  
su Esencia se  
manifestaba tan visible y casi tangible, descendía  
una influencia de  
ella hacia mí, una influencia extraña, diferente de  
todas las  
influencias humanas, y que me dominaba con trascend  
ente omnipotencia.  
¿Cómo lo podré decir? Monje encerrado en mi celda,  
comencé la  
convivencia con la Santa a quien me consagrara. Hic  
e entonces un severo  
examen de conciencia. Investigué con inquietud si m  
i pensar era condigno  
de la pureza de su pensar; si en mi gusto no habría  
desconciertos que  
pudieran herir la disciplina de su gusto; si mi ide

a de la vida era tan  
alta y seria como aquella que yo presintiera en la  
espiritualidad de su  
mirar, de su sonreír, y si mi corazón no se dispers  
ara y debilitara con  
exceso para poder palpar con paralelo vigor junto  
a su corazón. Y he  
realizado ahora un jadeante esfuerzo para subir a u  
na perfección  
idéntica a aquella que tan sumisamente adoro.

De suerte, mi querida amiga, que se tornó sin saber  
lo mi educadora. Y  
tan subordinado quedé a esa dirección, que no puedo  
concebir los  
movimientos de mi sér sino gobernados por ella y po  
r ella ennoblecidos.  
Sé perfectamente que todo lo que en mí surge de alg  
ún valor, idea o  
sentimiento, es obra de esa educación que su alma d  
a a la mía desde  
lejos, sólo con existir y ser comprendida. Si hoy m  
e abandonase su  
influencia--más bien, como un asceta, debía decir s  
u Gracia--todo mi sér  
rodaría sin remisión a una inferioridad. Vea, pues,  
cómo se convirtió  
usted en necesaria y preciosa para mí. Y considere  
que para ejercer esa  
supremacía salvadora, sus manos no hubieron de impo  
nerse sobre las mías;  
bastó con que yo la viera desde lejos, brillando en  
una fiesta. Así un  
arbusto florece en el borde de un foso porque allá  
arriba, en los  
remotos cielos, fulgura un gran sol que no le conoc  
e y que le hace  
crecer, abrirse y exhalar su poco de aroma... Por e  
so mi amor alcanza  
ese sentimiento no descrito y sin nombre que la Pla  
nta, si tuviese  
conciencia, sentiría por la Luz.



Y considere también que considerando de usted como  
de la luz, nada le  
ruego, ningún bien imploro de quien tanto puede y e  
s para mí dueña de  
tanto bien. Sólo deseo que me deje vivir bajo esa i  
nfluencia que,  
emanando del simple brillo de sus perfecciones, tan  
fácil y dulcemente  
realiza mi perfeccionamiento. Sólo pido ese caritat  
ivo permiso. Vea,  
pues, cuán distante me mantengo en la abatida humil  
dad de una adoración,  
que hasta recela que su murmurar, murmurar de prece  
s, roce el vestido de  
la imagen divina...

Mas si, por acaso, mi querida amiga, segura de mi r  
enuncia, la toda  
recompensa terrestre, me permitiese desarrollar jun  
to a usted, en un día  
de soledad, las agitadas confidencias de mi pecho,  
seguramente que  
realizaría un acto de inefable misericordia, como e  
n otro tiempo la  
Virgen María, cuando animaba a sus adoradores, erem  
itas y santos,  
descendiendo en una nube y otorgándoles una sonrisa  
fugitiva, o dejando  
caer entre sus manos levantadas una rosa del Paraís  
o. Así, mañana voy a  
pasar la tarde con Mad. Jouarre. No encuentro allí  
la santidad de una  
celda o de una ermita; pero sí casi su aislamiento;  
y si mi querida  
amiga surgiese en pleno esplendor y yo recibiese de  
ella, no diré una  
rosa, sino una sonrisa, quedaría entonces seguro de  
que este amor mío o  
este mi sentimiento indescriptible y sin nombre que  
va más allá del  
amor, encuentra en sus ojos piedad y permiso para e

sperar.

FRADIQUE.

A MADAME DE JOUARRE

(\_Trad\_)

Lisboa, junio.

Mi excelente madrina:

Hé aquí lo que ha «visto y hecho» desde mayo en la hermosísima Lisboa.  
«Ulyssipo pulcherrima», su admirable ahijado. Descubrí un compatriota mío de las Islas, mi pariente, que vive desde hace tres años construyendo un sistema de Filosofía en el piso tercero de una casa de huéspedes de la travesía de la Palha. Espíritu libre, emprendedor y diestro, paladín de las Ideas Generales, mi pariente, que se llama Procopio, considerando que la mujer no vale los tormentos que ocasiona, y que los ochocientos mil reis de un olivar le bastan y le sobran a un espiritualista, consagró su vida a la Lógica y sólo se interesa por la Verdad. Es un filósofo alegre, conversa sin gritar, tiene un aguardiente de moscatel excelente, y yo trepo con gusto dos o tres veces por semana a su oficina de Metafísica para saber si, conducido por la dulce alma de Maine de Biran, que es su cicerone en los viajes al

Infinito, entrevió  
al fin oculta tras los últimos velos la Causa de las Causas. En estas  
piadosas visitas, voy poco a poco conociendo algunos de los huéspedes,  
que en ese tercer piso de la travesía de la Palha gozan de una buena  
vida de ciudad a doce tostones por día, fuera del vino y de la ropa  
limpia. Casi todas las profesiones en que se ocupa la clase media en  
Portugal están aquí representadas con fidelidad, y así puedo yo estudiar  
sin esfuerzo, como en un índice, las ideas y los sentimientos que en  
nuestro año de gracia forman el fondo moral de la nación.

Esta casa de huéspedes tiene encantos. La habitación de mi primo  
Procopio tiene una estera nueva, una cama de hierro filosófica y  
virginal, vistosos visillos en las ventanas, flores y pájaros por las  
paredes, y allí se mantiene un riguroso aseo por una de esas criadas  
como sólo las produce Portugal, guapa moza de Trazos-Montes, que  
arrastrando sus chanclas con la indolencia grave de una ninfa latina,  
barre, friega y arregla toda la casa; sirve nueve almuerzos, nueve  
comidas y nueve cenas; pega los botones a los pantalones y a los  
calzoncillos, que los portugueses están continuamente perdiendo,  
almidona las enaguas de la señora, reza el rosario de su aldea, y aún le  
queda tiempo para amar desesperadamente a un barber o vecino, que está  
resuelto a casarse con ella en cuanto le empleen en la Aduana. (Y todo

esto por tres mil reis de salario). El almuerzo son dos platos sanos y abundantes, huevos y «bifftec». El vino lo envía el cosechero, un vinillo ligero y temprano, hecho según los venerables preceptos de las «geórgicas», y semejante, de seguro, al vino de la Rethia, «quo te carmine dicam, Rethica?» Las tostadas, hechas en lumbre fuerte, son incomparables. Los cuatro cuadros que adornan la sala, un retrato de Fontez (estadista ya muerto y tenido en gran veneración por los portugueses) una estampa de Pío IX sonriendo y bendiciendo, una vista del valle de Collares y dos doncellas besuqueando a una tórtola, inspiran las saludables ideas, tan necesarias, de Orden Social, de Fe, de Paz campestre y de inocencia.

La patrona, doña Paulina Soriana, es una señora de cuarenta otoños, frescota y rolliza, con un pescuezo muy gordo, y toda ella más blanca que la blanca chambrá que usa, además de una falda de seda color violeta. Parece una excelente señora, paciente y maternal, de buen juicio y de buena economía. Sin ser rigurosamente viuda, tiene un hijo, gordo también, que se roe las uñas y estudia en el Instituto. Se llama Joaquín, y por ternura Quinito; sufrió en esta primavera no sé qué grave enfermedad que le obliga a tomar interminables horchatas y baños de asiento, y está destinado por doña Paulina a la burocracia, que considera, con mucha justicia, la carrera más segura y más fácil.

--Lo esencial para un muchacho, afirmaba hace días la apreciable señora, después del almuerzo y cruzando la pierna--es tener padrinos y lograr un empleo; ya colocado, el trabajo es poco y la paga no falta a fin de mes.

Doña Paulina está tranquila acerca de la carrera de Quinito. Por el influjo (que es todopoderoso en estos Reinos) de un amigo seguro, el señor consejero Vaz Netto, hay ya en el ministerio de Obras públicas o en el de Justicia una silla de amanuense guardada, señalada, en espera de Quinito. Y como Quinito fuese reprobado en los últimos exámenes, el señor consejero Vaz Netto resolvió que en vista de que se mostraba tan desaplicado y con tan poco amor a las letras, lo mejor era no insistir en los estudios del Instituto y entrar inmediatamente en el destino...

--Sin embargo--añadió la buena señora cuando me honró con estas confidencias,--me agradaría que Quinito terminase los estudios. No es por necesidad, ni por causa del empleo, como vuestra excelencia ve; sino por gusto.

Quinito tiene, pues, su prosperidad satisfactoriamente asegurada. Por lo demás, supongo que doña Paulina le reúne un prudente peculio. En la casa, bien acreditada, hay ahora siete huéspedes, todos de confianza, estables, gastando como extraordinarios de cuarenta y cinco a cincuenta mil reis al mes. El más antiguo, el más respetado (

y aquel que  
precisamente conozco) es Pinho, Pinho el brasileño,  
el comendador Pinho.  
El es quien todas las mañanas anuncia la hora del almuerzo (el reloj del  
comedor está descompuesto desde Navidad) saliendo de su cuarto  
puntualmente a las diez, con su botella de agua de Vidago, yendo a  
ocupar su silla, en la mesa, ya puesta, pero desierta, una silla  
especial de mimbres con un almohadón de viento. Nadie sabe de este Pinho  
ni la edad, ni la tierra o familia en que nació, ni su ocupación en el  
Brasil, ni el origen de su encomienda. Llegó una tarde de invierno en un  
paquebot de la «Mala Real», pasó cinco días en el Lazareto, desembarcó  
con dos baúles, la silla de mimbres y cincuenta latas de dulce; tomó su  
cuarto en esta casa de huéspedes, con ventana a la travesía, y aquí  
engorda risueña y plácidamente con el seis por ciento de sus  
inscripciones. Es un sujeto rechoncho, bajo, con barba gris, piel  
morena, con tonos de café y de ladrillo, siempre vestido de paño fino  
negro, con lentes de oro pendientes de una cinta de seda, que él, en la  
calle y en cada esquina, desenreda del cordón de oro del reloj para leer  
con interés y lentitud los carteles de los teatros.  
Su vida ofrece una  
de esas prudentes regularidades que tan admirablemente concurren a crear  
el orden en los Estados. Después del almuerzo, se calza sus botas de  
caña, alisa su sombrero de copa y se va muy despacio hasta la calle de  
los Capellistas, al escritorio en planta baja del c

orredor Godinho,  
donde pasa dos horas sentado junto a la ventana, con las velludas manos apoyadas en el puño del quitasol. Después se coloca el quitasol debajo del brazo, y por la calle del Ouro, con saboreada pachorra, deteniéndose a contemplar a la señora de sedas más rizadas o la victoria de arreos más lustrosos, alarga sus pasos hasta la tabaquería de Sousa, en el Rocío, donde bebe una copa de agua de Canecas, y descansa hasta que la tarde refresca. Sigue entonces por la Avenida, gozando el aire puro y el lujo de la ciudad, sentado en un banco, o da la vuelta al Rocío, bajo los árboles, con la cara alta y dilatada de bienestar. A las seis se recoge, se quita el sobretodo, se calza sus chinelas de tafilete, se pone una agradable cazadora de algodón, y come, «repitiendo» siempre de la sopa. Después del café da un «higiénico» paseo por la Baixa, haciendo paradas pensativas, pero risueñas, en los escaparates de las confiterías, y ciertos días sube al Chiado, dobla la esquina de la calle Nova da Trindade y regatea con placidez y firmeza una entrada para el Gimnasio. Todos los viernes entra en su Banco, que es el «London Brazilian». Los domingos, al anochecer, con recato, visita a una moza gorda y limpia que vive en la calle de la Magdalena. Cada semestre recibe los intereses de sus inscripciones.

Así, toda su existencia es un pausado reposo. Nada le inquieta, nada le

apasiona. Para el comendador Pinho, el Universo consta de dos únicas entidades: él mismo, Pinho, y el Estado que le da el seis por ciento; por tanto, el Universo es perfecto y la vida perfecta, mientras Pinho, gracias a las aguas de Vidago, conserve apetito y salud, y el Estado siga pagando fielmente el cupón. Por lo demás, le basta con poco para contentar la porción de Alma y Cuerpo de que aparentemente se compone. La necesidad que todo sér vivo (aún las ostras, según afirman los naturalistas) tiene de comunicar con sus semejantes por medio de gestos o de sonidos, es en Pinho poco exigente. Hacia mediados de abril, sonríe y dice desdoblando la servilleta: «tenemos el verano encima»; todos concuerdan con él y Pinho goza. A mediados de octubre se pasa los dedos por la barba y murmura: «tenemos encima el invierno»; si otro huésped disiente, Pinho enmudece porque teme las controversias. Y este honesto cambio de ideas le basta. En la mesa, con tal que le sirvan una sopa succulenta en un plato hondo que pueda llenar dos veces, queda satisfecho y dispuesto a dar gracias a Dios. El «Diario de Pernambuco», el «Diario de Noticias», alguna comedia del Gimnasio o alguna de magia satisfacen de sobra aquellas cualidades de inteligencia y de imaginación que Humboldt encontró aún entre los «botecudos». En las funciones del sentimiento, Pinho sólo pretende (como reveló un día a mi primo) «no coger una enfermedad». Con la cosa pública está siempre contento,



gobierne éste o gobierne aquél, con tal que la policía mantenga el orden y no se produzcan perturbaciones en los principios y en las calles, nocivas al pago del cupón. En cuanto al destino ulterior de su alma, Pinho (como me aseguró a mí mismo) «sólo desea, después de muerto, que no le entierren vivo». Aun acerca de punto tan importante, como es para un comendador su mausoleo, Pinho se contenta con poco: apenas una lápida lisa y decente con su nombre y un sencillo «Rogad por él».

Erraríamos, sin embargo, querida madrina, suponiendo que Pinho es ajeno a todo cuanto sea humano. ¡No! Estoy cierto de que Pinho respeta y ama a la humanidad; sólo que para él la humanidad en el transcurso de su vida se restringió mucho. Hombres, hombres serios, verdaderamente merecedores de ese nombre, dignos de reverencia y afecto, y de que por ellos se arriesgue un paso que no canse mucho, para Pinho sólo lo son los prestamistas del Estado. Así, mi primo Procopio, con una malicia harto inesperada en un espiritualista, contóme hace tiempo en secreto, guiñando los ojos ¡que yo poseía muchos papeles! ¡muchas pólizas! ¡muchas inscripciones!... Pues en la primera mañana que volví a la casa de huéspedes después de esta revelación, Pinho, ligeramente colorado, casi conmovido, me ofreció una cajita de dulce envuelta en una servilleta, ¡acto conmovedor que explica aquella alma! Pinho no es un egoísta, un Diógenes de levita negra, secamente ret

raído dentro del  
tonel de su inutilidad. No. Hay en él toda la human  
a voluntad de amar a  
sus semejantes y de servirlos. Pero, ¿quiénes son p  
ara Pinho sus  
genuínos «semejantes»? Los prestamistas del Estado.  
¿Y en qué consiste  
para Pinho el acto de beneficio? En ceder a los otr  
os aquello que a él  
le es útil. Para Pinho no hay otro bien como el uso  
de la guayaba, y en  
cuanto supo que yo era un poseedor de inscripciones  
, un semejante suyo,  
capitalista como él, no dudó, no se retrajo más de  
su deber humano, y  
practicó en seguida el acto de beneficio, y hélo aq  
uí ruborizado y  
feliz, trayendo su dulce dentro de una servilleta.

¿Es el comendador Pinho un ciudadano inútil? ¡No, c  
iertamente! Hasta  
para mantener con estabilidad y solidez el orden de  
una nación, no hay  
más provechoso ciudadano que este Pinho, con su pla  
cidez de hábitos, su  
fácil asentimiento a todos los hechos de la vida pú  
blica, su cuenta de  
todos los viernes en el Banco, sus placeres escondi  
dos con higiénico  
recato, su pausa y su inercia. De un Pinho nunca pu  
ede salir idea o  
acto, afirmación o negación que desarreglen la paz  
del Estado. Así,  
gordo, pacífico, colocado en el organismo social, n  
o concurriendo a su  
movimiento, pero tampoco contrariándolo, Pinho ofre  
ce todos los  
caracteres de una excrecencia sebácea. Socialmente,  
Pinho es un  
lobanillo. Y nada más inofensivo; que un lobanillo;  
y en nuestros  
tiempos, en que el Estado está lleno de elementos m

orbosos y de  
parásitos que lo chupan, lo inficionan y lo sobrexc  
itan, esta  
«inofensibilidad» de Pinho hasta puede (en relación  
a los intereses del  
orden) ser considerada como una cualidad meritoria.  
Por esto el Estado,  
según se dice, le va a conceder el título de barón.  
Y barón es un título  
que honra a ambos, al Estado y a Pinho, porque con  
él se rinde  
simultáneamente un homenaje gracioso y discreto a l  
a Familia y a la  
Religión.

El padre de Pinho se llamaba Francisco, Francisco J  
osé Pinho. Y nuestro  
amigo va a ser hecho barón de San Francisco.

¡Adiós, querida madrina! ¡Vamos con el décimo octav  
o día de lluvia!  
Desde el comienzo de junio y de las rosas, en este  
país del sol sobre  
azul, en la tierra trigueña del olivo y del laurel,  
queridos de Febo,  
está lloviendo, lloviendo a hilos de agua cerrados,  
continuos,  
imperturbables, sin un soplo de viento que los tuer  
za, ni un rayo de luz  
que los abrillante, formando de las nubes a las cal  
les una movible trama  
de humedad y de tristeza, en que el alma se agita y  
se rinde como una  
mariposa presa en las telas de la araña. Estamos en  
pleno versículo  
XVII, capítulo VII del «Génesis».

En el caso de que estas aguas del cielo no cesaran,  
yo deduzco que las  
intenciones de Jehová para con este país son diluvi  
anas, y no juzgándome  
menos digno de la Gracia y de la Alianza divina que

lo fué Noé, voy a  
comprar madera y brea y a hacer un arca según los n  
uevos modelos  
hebraicos y asirios. Y si por acaso de aquí a algún  
tiempo una paloma  
blanca fuese a batir sus alas delante de su vidrier  
a, es que yo aporté  
al Havre en mi arca, llevando conmigo, entre otros  
animales, a Pinho y a  
doña Paulina, para que, más tarde, cuando hayan baj  
ado las aguas,  
Portugal se repueble con provecho, y el Estado teng  
a siempre Pinhos a  
quienes pedir dinero prestado, y Quinitos gordos co  
n quienes gastar el  
dinero que pidió a Pinho. Suyo ahijado del corazón,

FRADIQUE.

End of the Project Gutenberg EBook of El Mandarín,  
by Eça Queiroz

\*\*\* END OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK EL MANDARÍN  
\*\*\*

\*\*\*\*\* This file should be named 18228-8.txt or 1822  
8-8.zip \*\*\*\*\*

This and all associated files of various formats wi  
ll be found in:

<http://www.gutenberg.org/1/8/2/2/18228/>

Produced by Chuck Greif and the Online Distributed  
Proofreading Team at <http://www.pgdp.net>

Updated editions will replace the previous one--the

old editions  
will be renamed.

Creating the works from public domain print editions means that no one owns a United States copyright in these works, so the Foundation (and you!) can copy and distribute it in the United States without permission and without paying copyright royalties.

Special rules, set forth in the General Terms of Use part of this license, apply to copying and distributing Project Gutenberg-tm electronic works to protect the PROJECT GUTENBERG-tm concept and trademark. Project Gutenberg is a registered trademark, and may not be used if you charge for the eBooks, unless you receive specific permission. If you do not charge anything for copies of this eBook, complying with the rules is very easy. You may use this eBook for nearly any purpose such as creation of derivative works, reports, performances and research. They may be modified and printed and given away--you may do practically ANYTHING with public domain eBooks. Redistribution is subject to the trademark license, especially commercial redistribution.

\*\*\* START: FULL LICENSE \*\*\*

THE FULL PROJECT GUTENBERG LICENSE  
PLEASE READ THIS BEFORE YOU DISTRIBUTE OR USE THIS WORK

To protect the Project Gutenberg-tm mission of promoting the free distribution of electronic works, by using or distributing this work (or any other work associated in any way with the phrase "Project Gutenberg"), you agree to comply with all the terms of the Full Project Gutenberg-tm License (available with this file or online at <http://gutenberg.org/license>).

## Section 1. General Terms of Use and Redistributing Project Gutenberg-tm electronic works

1.A. By reading or using any part of this Project Gutenberg-tm electronic work, you indicate that you have read, understand, agree to and accept all the terms of this license and intellectual property (trademark/copyright) agreement. If you do not agree to abide by all the terms of this agreement, you must cease using and return or destroy all copies of Project Gutenberg-tm electronic works in your possession. If you paid a fee for obtaining a copy of or access to a Project Gutenberg-tm electronic work and you do not agree to be bound by the terms of this agreement, you may obtain a refund from the person or entity to whom you paid the fee as set forth in paragraph 1.E.8.

1.B. "Project Gutenberg" is a registered trademark. It may only be used on or associated in any way with an electronic

work by people who agree to be bound by the terms of this agreement. There are a few things that you can do with most Project Gutenberg-tm electronic works even without complying with the full terms of this agreement. See paragraph 1.C below. There are a lot of things you can do with Project Gutenberg-tm electronic works if you follow the terms of this agreement and help preserve free future access to Project Gutenberg-tm electronic works. See paragraph 1.E below.

1.C. The Project Gutenberg Literary Archive Foundation ("the Foundation" or PGLAF), owns a compilation copyright in the collection of Project Gutenberg-tm electronic works. Nearly all the individual works in the collection are in the public domain in the United States. If an individual work is in the public domain in the United States and you are located in the United States, we do not claim a right to prevent you from copying, distributing, performing, displaying or creating derivative works based on the work as long as all references to Project Gutenberg are removed. Of course, we hope that you will support the Project Gutenberg-tm mission of promoting free access to electronic works by freely sharing Project Gutenberg-tm works in compliance with the terms of this agreement for keeping the Project Gutenberg-tm name associated with the work. You can easily comply with the terms of this agreement by keeping this work in the same format with its attac

hed full Project  
Gutenberg-tm License when you share it without charge with others.

1.D. The copyright laws of the place where you are located also govern what you can do with this work. Copyright laws in most countries are in a constant state of change. If you are outside the United States, check the laws of your country in addition to the terms of this agreement before downloading, copying, displaying, performing, distributing or creating derivative works based on this work or any other Project Gutenberg-tm work. The Foundation makes no representations concerning the copyright status of any work in any country outside the United States.

1.E. Unless you have removed all references to Project Gutenberg:

1.E.1. The following sentence, with active links to, or other immediate access to, the full Project Gutenberg-tm License must appear prominently whenever any copy of a Project Gutenberg-tm work (any work on which the phrase "Project Gutenberg" appears, or with which the phrase "Project Gutenberg" is associated) is accessed, displayed, performed, viewed, copied or distributed:

This eBook is for the use of anyone anywhere at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg



License included  
with this eBook or online at [www.gutenberg.org](http://www.gutenberg.org)

1.E.2. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is derived from the public domain (does not contain a notice indicating that it is posted with permission of the copyright holder), the work can be copied and distributed to anyone in the United States without paying any fees or charges. If you are redistributing or providing access to a work with the phrase "Project Gutenberg" associated with or appearing on the work, you must comply either with the requirements of paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 or obtain permission for the use of the work and the Project Gutenberg-tm trademark as set forth in paragraphs 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.3. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is posted with the permission of the copyright holder, your use and distribution must comply with both paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 and any additional terms imposed by the copyright holder. Additional terms will be linked to the Project Gutenberg-tm License for all works posted with the permission of the copyright holder found at the beginning of this work.

1.E.4. Do not unlink or detach or remove the full Project Gutenberg-tm License terms from this work, or any files containing a part of this work or any other work associated with Project Gutenberg-tm.

1.E.5. Do not copy, display, perform, distribute or redistribute this electronic work, or any part of this electronic work, without prominently displaying the sentence set forth in paragraph 1.E.1 with active links or immediate access to the full terms of the Project Gutenberg-tm License.

1.E.6. You may convert to and distribute this work in any binary, compressed, marked up, nonproprietary or proprietary form, including any word processing or hypertext form. However, if you provide access to or distribute copies of a Project Gutenberg-tm work in a format other than "Plain Vanilla ASCII" or other format used in the official version posted on the official Project Gutenberg-tm web site ([www.gutenberg.org](http://www.gutenberg.org)), you must, at no additional cost, fee or expense to the user, provide a copy, a means of exporting a copy, or a means of obtaining a copy upon request, of the work in its original "Plain Vanilla ASCII" or other form. Any alternate format must include the full Project Gutenberg-tm License as specified in paragraph 1.E.1.

1.E.7. Do not charge a fee for access to, viewing, displaying, performing, copying or distributing any Project Gutenberg-tm works unless you comply with paragraph 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.8. You may charge a reasonable fee for copies of or providing access to or distributing Project Gutenberg-tm elec

tronic works provided  
that

- You pay a royalty fee of 20% of the gross profits you derive from the use of Project Gutenberg-tm works calculated using the method you already use to calculate your applicable taxes. The fee is owed to the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, but he has agreed to donate royalties under this paragraph to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation. Royalty payments must be paid within 60 days following each date on which you prepare (or are legally required to prepare) your periodic tax returns. Royalty payments should be clearly marked as such and sent to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation at the address specified in Section 4, "Information about donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation."
- You provide a full refund of any money paid by a user who notifies you in writing (or by e-mail) within 30 days of receipt that s/he does not agree to the terms of the full Project Gutenberg-tm License. You must require such a user to return or destroy all copies of the works possessed in a physical medium and discontinue all use of and all access to other copies of Project Gutenberg-tm works.

- You provide, in accordance with paragraph 1.F.3, a full refund of any money paid for a work or a replacement copy, if a defect in the electronic work is discovered and reported to you within 90 days of receipt of the work.
- You comply with all other terms of this agreement for free distribution of Project Gutenberg-tm works.

1.E.9. If you wish to charge a fee or distribute a Project Gutenberg-tm electronic work or group of works on different terms than are set forth in this agreement, you must obtain permission in writing from both the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and Michael Hart, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark. Contact the Foundation as set forth in Section 3 below.

## 1.F.

1.F.1. Project Gutenberg volunteers and employees expend considerable effort to identify, do copyright research on, transcribe and proofread public domain works in creating the Project Gutenberg-tm collection. Despite these efforts, Project Gutenberg-tm electronic works, and the medium on which they may be stored, may contain "Defects," such as, but not limited to, incomplete, inaccurate or corrupt data, transcription errors, a copyright or other intellectual property infringement, a defective or damaged disk or other medium, a

computer virus, or computer codes that damage or cannot be read by your equipment.

1.F.2. LIMITED WARRANTY, DISCLAIMER OF DAMAGES - Except for the "Right of Replacement or Refund" described in paragraph 1.F.3, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, and any other party distributing a Project Gutenberg-tm electronic work under this agreement, disclaim all liability to you for damages, costs and expenses, including legal fees. YOU AGREE THAT YOU HAVE NO REMEDIES FOR NEGLIGENCE, STRICT LIABILITY, BREACH OF WARRANTY OR BREACH OF CONTRACT EXCEPT THOSE PROVIDED IN PARAGRAPH F3. YOU AGREE THAT THE FOUNDATION, THE TRADEMARK OWNER, AND ANY DISTRIBUTOR UNDER THIS AGREEMENT WILL NOT BE LIABLE TO YOU FOR ACTUAL, DIRECT, INDIRECT, CONSEQUENTIAL, PUNITIVE OR INCIDENTAL DAMAGES EVEN IF YOU GIVE NOTICE OF THE POSSIBILITY OF SUCH DAMAGE.

1.F.3. LIMITED RIGHT OF REPLACEMENT OR REFUND - If you discover a defect in this electronic work within 90 days of receiving it, you can receive a refund of the money (if any) you paid for it by sending a written explanation to the person you received the work from. If you received the work on a physical medium, you must return the medium with your written explanation. The person or entity that provided you with

the defective work may elect to provide a replacement copy in lieu of a refund. If you received the work electronically, the person or entity providing it to you may choose to give you a second opportunity to receive the work electronically in lieu of a refund. If the second copy is also defective, you may demand a refund in writing without further opportunities to fix the problem.

1.F.4. Except for the limited right of replacement or refund set forth in paragraph 1.F.3, this work is provided to you 'AS-IS', WITH NO OTHER WARRANTIES OF ANY KIND, EXPRESS OR IMPLIED, INCLUDING BUT NOT LIMITED TO WARRANTIES OF MERCHANTABILITY OR FITNESS FOR ANY PURPOSE.

1.F.5. Some states do not allow disclaimers of certain implied warranties or the exclusion or limitation of certain types of damages. If any disclaimer or limitation set forth in this agreement violates the law of the state applicable to this agreement, the agreement shall be interpreted to make the maximum disclaimer or limitation permitted by the applicable state law. The invalidity or unenforceability of any provision of this agreement shall not void the remaining provisions.

1.F.6. INDEMNITY - You agree to indemnify and hold the Foundation, the trademark owner, any agent or employee of the Foundation, anyone providing copies of Project Gutenberg-tm electronic works in accordance

with this agreement, and any volunteers associated with the production, promotion and distribution of Project Gutenberg-tm electronic works, harmless from all liability, costs and expenses, including legal fees, that arise directly or indirectly from any of the following which you do or cause to occur: (a) distribution of this or any Project Gutenberg-tm work, (b) alteration, modification, or additions or deletions to any Project Gutenberg-tm work, and (c) any Defect you cause.

## Section 2. Information about the Mission of Project Gutenberg-tm

Project Gutenberg-tm is synonymous with the free distribution of electronic works in formats readable by the widest variety of computers including obsolete, old, middle-aged and new computers. It exists because of the efforts of hundreds of volunteers and donations from people in all walks of life.

Volunteers and financial support to provide volunteers with the assistance they need, is critical to reaching Project Gutenberg-tm's goals and ensuring that the Project Gutenberg-tm collection will remain freely available for generations to come. In 2001, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation was created to provide a secure and permanent future for Project Gutenberg-tm and future generations. To learn more about the Project Gutenberg Literary

Archive Foundation  
and how your efforts and donations can help, see Sections 3 and 4  
and the Foundation web page at <http://www.pglaaf.org>  
.

### Section 3. Information about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

The Project Gutenberg Literary Archive Foundation is a non profit  
501(c)(3) educational corporation organized under the laws of the  
state of Mississippi and granted tax exempt status by the Internal  
Revenue Service. The Foundation's EIN or federal tax identification  
number is 64-6221541. Its 501(c)(3) letter is posted at  
<http://pglaaf.org/fundraising>. Contributions to the  
Project Gutenberg  
Literary Archive Foundation are tax deductible to the full extent  
permitted by U.S. federal laws and your state's laws.

The Foundation's principal office is located at 455  
7 Melan Dr. S.  
Fairbanks, AK, 99712., but its volunteers and employees are scattered  
throughout numerous locations. Its business office is located at  
809 North 1500 West, Salt Lake City, UT 84116, (801)  
596-1887, email  
[business@pglaaf.org](mailto:business@pglaaf.org). Email contact links and up to date contact  
information can be found at the Foundation's website and official  
page at <http://pglaaf.org>



For additional contact information:

Dr. Gregory B. Newby  
Chief Executive and Director  
gbnewby@pglaf.org

#### Section 4. Information about Donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

Project Gutenberg-tm depends upon and cannot survive without wide spread public support and donations to carry out its mission of increasing the number of public domain and licensed works that can be freely distributed in machine readable form accessible by the widest array of equipment including outdated equipment. Many small donations (\$1 to \$5,000) are particularly important to maintaining tax exempt status with the IRS.

The Foundation is committed to complying with the laws regulating charities and charitable donations in all 50 states of the United States. Compliance requirements are not uniform and it takes a considerable effort, much paperwork and many fees to meet and keep up with these requirements. We do not solicit donations in locations where we have not received written confirmation of compliance. To SEND DONATIONS or determine the status of compliance for any particular state visit <http://pglaf.org>

While we cannot and do not solicit contributions from states where we have not met the solicitation requirements, we know

of no prohibition  
against accepting unsolicited donations from donors  
in such states who  
approach us with offers to donate.

International donations are gratefully accepted, but we cannot make  
any statements concerning tax treatment of donations received from  
outside the United States. U.S. laws alone swamp our small staff.

Please check the Project Gutenberg Web pages for current donation  
methods and addresses. Donations are accepted in a number of other  
ways including checks, online payments and credit card  
donations. To donate, please visit: <http://pglaf.org/donate>

Section 5. General Information About Project Gutenberg-tm electronic  
works.

Professor Michael S. Hart is the originator of the Project Gutenberg-tm  
concept of a library of electronic works that could be freely shared  
with anyone. For thirty years, he produced and distributed Project  
Gutenberg-tm eBooks with only a loose network of volunteer support.

Project Gutenberg-tm eBooks are often created from several printed  
editions, all of which are confirmed as Public Domain in the U.S.  
unless a copyright notice is included. Thus, we do not necessarily  
keep eBooks in compliance with any particular paper

edition.

Most people start at our Web site which has the main PG search facility:

<http://www.gutenberg.org>

This Web site includes information about Project Gutenberg-tm, including how to make donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, how to help produce our new eBooks, and how to subscribe to our email newsletter to hear about new eBooks.

\*\*\* END: FULL LICENSE \*\*\*